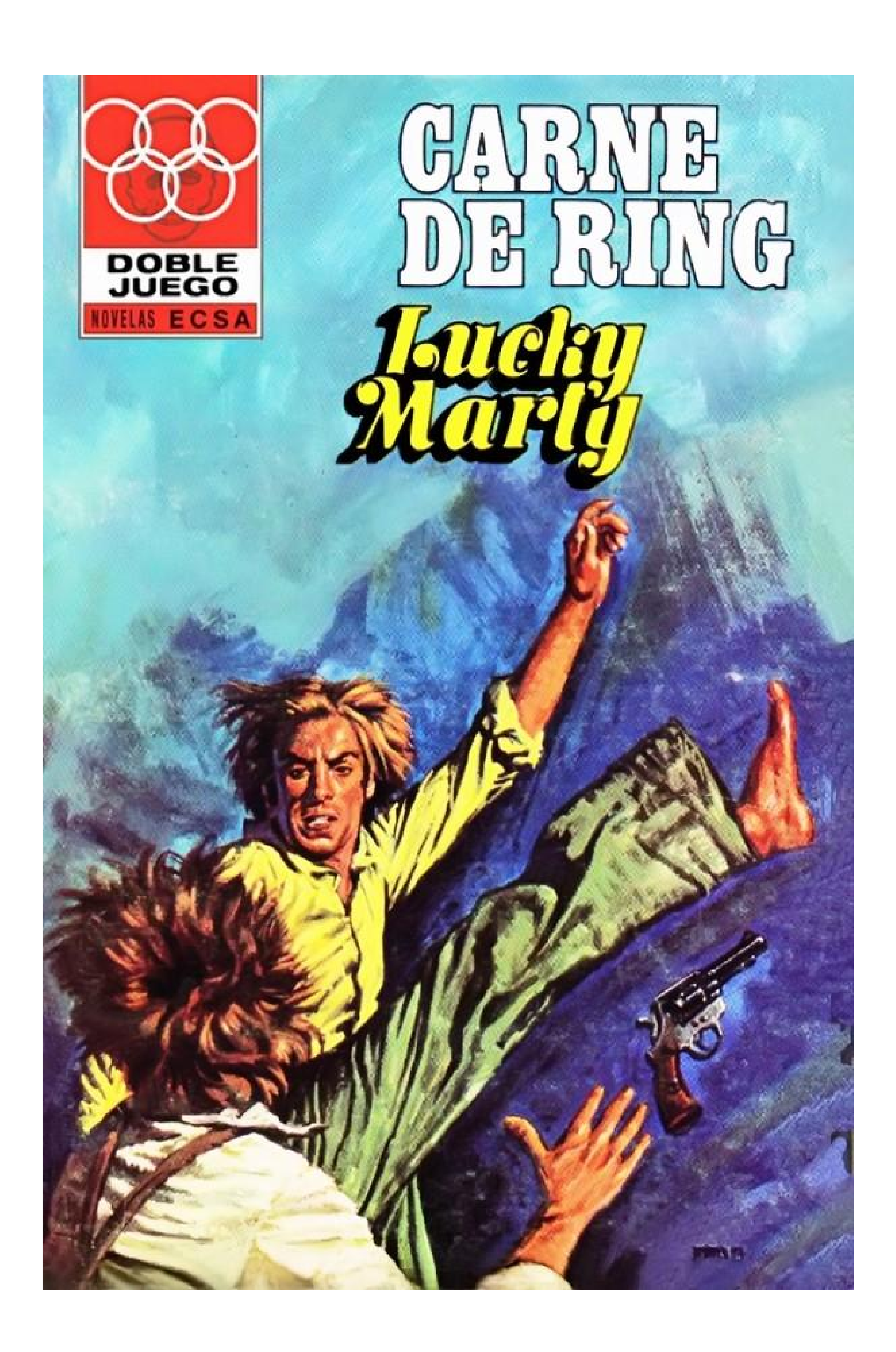
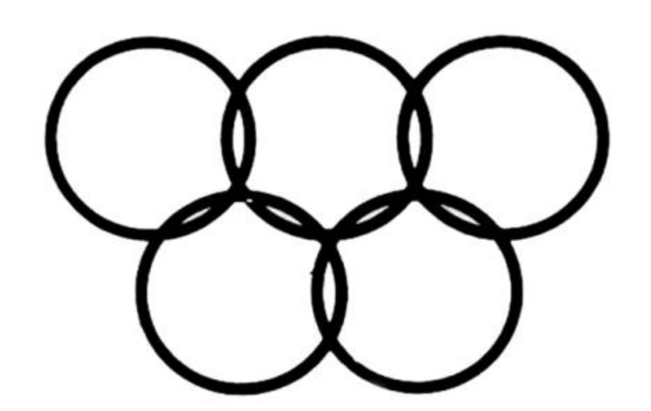

DOBLE
JUEGO
NOVELAS ECSA
CARNE
DE RING
Lucky
Marty



COLECCION DOBLE JUEGO

ECSA

LUCKY MARTY

CARNE DE RING

Colección
DOBLE JUEGO n.º 26
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S. A.
AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (23)

ISBN 84 7518 048 5
Depósito legal: B. 24.004-1982

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: setiembre. 1982
1.ª edición en América: marzo. 1983

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8
Barcelona – 23

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1982

Las pasiones en los hombres son como
los vientos, los cuales son necesarios; aun
cuando frecuentemente provoquen huracanes.

FONTENELLE

CAPITULO PRIMERO

Siempre que el Gran Jefe me llama a su despacho, me echo a temblar. Por pasadas y amargas experiencias, sé que terminará encargándome de algún «trabajito» especial.

Mi jefe es un tipo así de alto y así de ancho; sobrepasa los dos cinco de altura y sus espaldas son tan anchas y fuertes como un frontón. Mi jefe no es totalmente calvo, pero como se afeita toda la cabeza, lo parece. Siempre luce buenos trajes de quinientos dólares, corbatas de seda, zapatos importados italianos y excelentes camisas: con todos estos arreos, si no es ciertamente elegante, también lo parece.

Mi jefe no habla, pero gruñe. Es un hombre de poca elocuencia, pero muy contundente. Creo que desde siempre ha hecho lo que le viene en gana; lo que le sale de las narices. Como es rico y poderoso, puede darse tales caprichos.

Lo malo es que se da esos... ¡y otros muchos más!

Paga bien, pero exige mucho. Nunca admite un fracaso, es persistente, tenaz, duro. Sólo se le conocen dos debilidades: las mujeres y el juego.

Pero, como ya es sesentón, creo que a las mujeres las conquista para humillar a sus rivales. Y juega al póquer —o a lo que sea—, más que para ganar, para fastidiar a los perdedores.

Es un tipo increíble, único.

Mi jefe se hace llamar Gordon Muriel, pero yo tengo para mí que ese no es su verdadero nombre; ya os diré por qué siempre lo he sospechado así.

Entre otras «cosillas» que ahora no vienen a cuento, Gordon Muriel es promotor de boxeo; un gran promotor de boxeo. Bastará decir que controla las tres quintas partes de las veladas de boxeo que se dan a lo ancho y largo del país. Aunque él esté prácticamente instalado en California, concretamente en una regia mansión de Santa Mónica Bay, a pocas millas de Los Ángeles.

Como la gente habla mucho, de Gordon Muriel se dicen muchas

cosas; entre ellas, que pertenece a la Mafia.

Personalmente, yo nunca lo he querido comprobar. Y ello porque estoy ligado a Gordon.

Muriel por otras cosas; ya os las diré más adelante.

¡Si es que me decido a decirlo, claro!

El caso es que hemos quedado que el Gran Jefe me ha llamado a su despacho. Naturalmente acudo y observo que está como siempre: grandote, elegante, muy serio, ceñudo y que me gruñe:

—Pasa, hijo...

(Este calificativo que me da siempre, también lo tendré que explicar.)

En realidad, yo creo llamarme Benjamín Le-Roy; aunque él, mi jefe, siempre me dice «hijo». ¿Uno de sus caprichos?

Paso al monumental despacho y el silencio se va prolongando. Se alarga y se estira el tiempo, y no sé si seguir allí plantado o sentarme en uno de los butacones de cuero repujado.

Al fin me pregunta, como con un escopetazo:

—¿Qué opinas de Paul, hijo?

No falla; cuando un jefe os pregunta a quemarropa qué pensáis de un compañero, lo más prudente es mantener el pico cerrado un instante, aunque sólo sea para preguntaros qué es lo que le mueve a formular una pregunta de tal calibre, y también, cómo va uno a contestarla.

Noto que me busca los ojos. Se halla apoyado con sus grandes manazas bien cuidadas manicura y todo sobre la mesa. Parece un enorme oso a punto de saltar sobre mí. A veces, pasa una de sus manos sobre su cráneo de piel de nalga auténtica; sus ojos azulados me escrutan con interés. Siento que, a menos de estar dispuesto a pasar por «gilí», ha llegado el momento de manifestarme.

Me rastrillo el gaznate y balbuceo:

—¿Paul? ¡Ejem! ¿Se refiere a Paul Lage...? Bien, es un buen tipo, ¿no?

—¡No! ¡No lo es!

Efectivamente, noto que una respuesta así para él carece de convicción.

¿Cómo podría ser de otro modo, para un hombre como Gordon Muriel?

Mi jefe debe saber —¡y lo sabe muy bien!— que, de todos mis

colegas, Paul Lage es el que menos puedo tragar. Es un matón rubito y espigado que cuando le hablas se cree obligado a verificar si la punta de sus zapatos está bien lustrada. He «trabajado» varias veces con él; es un tipo que sabe cumplir con su deber, pero nada más. Puedo asegurar que nuestras relaciones siempre se han limitado al trabajo: sentimos tanta simpatía el uno por el otro, como un cubito de hielo por un brasero.

Sólo que todo esto no me atrevo a confesárselo al jefe.

Le veo que se encoge de hombros. Se levanta y da unos cortos paseos por allí, hasta que vuelve a gruñir:

—No, hijo, no... Paul no es un buen tipo. ¡Y tú lo sabes tan bien como yo! De pronto se decide y me suelta de un tirón:

—Te voy a encargar un sucio «trabajito», hijo.

Hago mi composición de lugar y le animo:

—¡Adelante! Yo estoy aquí para eso, ¿no, señor Muriel?

—¡Cierto! —me confirma—. Para eso te pago, hijo. Pero al instante añade:

—Es un «trabajo» que se sale un poco del marco de nuestras actividades... Para que no se ande con más rodeos le animo:

—No existe un marco para mis actividades, señor Muriel.

Se calla, pero se aproxima a mí y pone una de sus manazas sobre mi hombro. ¿Me creen si les digo que me siento «emocionado»? Los arrumacos no son del estilo de la casa, palabra; si continúa enterneciéndose así terminará comprándome bombones.

—Hijo —repite una vez más—, siento mucha amistad, incluso gran afecto por ti.

—¿De veras, jefe?

—He aquí por qué me apena tener que encargarte semejante asunto... Pero tengo también una absoluta confianza en ti y esta es la razón por la que te pido que lo lleves a cabo.

¡Vaya! Hoy se muestra con gran elocuencia el jefe. O es muy «gordo» lo que me va a pedir, o hace ensayos para entrar en la Academia de la Lengua.

Me tiene en ascuas y no puedo por menos que acelerar su confidencia al opinar:

—Oiga, jefe... ¿No cree que si me dice de lo que se trata, lo vería en seguida más claro? Mira su lujoso Longines de oro:

—Son las doce: mediodía.

—Ya me lo parecía —manifiesto yo, por decir algo. Bien, pues antes de medianoche… ¡es necesario que Paul Lage esté muerto!

¡Ya lo ha soltado!

Me sobresalto. O mejor dicho: finjo que me sobresalto.

—¿Có…cómo ha dicho, jefe?

—Lo has entendido perfectamente, hijo. No me hagas repetir cosas tan desagradables: antes de medianoche, Paul no debe contar entre los vivos. No digo nada y él desea confirmar:

—¿Has entendido, hijo…?

Pero ahora ha recuperado sus ademanes y su tono autoritario. Ya no hay peloteos ni delicadezas. Ahora vuelve a ser claro, conciso, contundente:

—¡Lo tienes que matar!

Mi deber, como persona humana, es palidecer ante tal «encarguito». Pero no lo consigo y tan sólo logro balbucear:

—Le ruego me perdone, jefe, pero…

—¿Qué pasa, Ben?

¡Malo…! Muy malo… Cuando el Gran Jefe deja de llamarme «hijo» y emplea el diminutivo de mi nombre, ese «Ben» me huele a bronca. No obstante, consigo argumentar:

—¿Ha hecho algo malo Paul?

—¡Sí! Una barbaridad.

—¿Cómo qué, jefe?

—¡Es un traidor!

—¡Sopla!

—¡Lo es, hijo!

No puedo evitar insistir:

—¿Está seguro, jefe?

He vuelto a meter la pata. Esta es la clase de preguntas que ponen al Gran Jefe tan suave como una hiena hambrienta. Veo que sus mandíbulas se crispan y fulminándome con sus ojos me larga:

—Tu pregunta está fuera de lugar, Ben. ¡Y no te permito que juzgues mis móviles! Ni que dudes de mis decisiones.

«Trágate ésa», me digo a mí mismo.

Pero su rostro vuelve a adquirir la normalidad de un águila al acecho, cuando le pido:

—Perdón, jefe.

Se suaviza como la temperatura en el mes de mayo.

—Evidentemente, debes estar sorprendido, hijo.

—¡Lo estoy! —confieso con sinceridad.

—Pero es evidente. ¡Ese hijo de perra de Paul nos traiciona!

—¿En qué, jefe? deseo concretar.

Hace meses que pasa información de nuestra organización a la competencia. He comprobado que muchos saben cuándo uno de nuestros boxeadores debe ganar… ¡o perder! Cuando vamos a hacer una apuesta, ¡ya está cubierta! En los últimos meses, prácticamente hemos perdido como medio millón de dólares.

—¡Mucho dinero! —exclamo.

—Le he puesto una trampa… ¡Y Paul ha picado! Por eso es necesario que muera hoy. Yo hago una mueca, que sería capaz de hacer abortar a una mona.

—¿Y tengo que hacerlo yo, jefe?

—¿Alguna objeción, hijo? Dudo, pero al final lo suelto:

—¿No podría usted apelar a la «mano de obra» exterior, jefe? Me… me refiero a algún matón que ande suelto por ahí sin comer caliente y…

—¡No! No me fío.

—Bueno, verá, señor Muriel; le ruego que me disculpe, va usted a decir que me inmiscuyo en asuntos que no me incumben, pero encuentro fastidioso hacer liquidar a Paul por muchachos de su equipo.

El jefe vuelve a mirarme con ojos de águila, se acaricia de nuevo su cráneo tan pelado como el cristal de un reloj y pregunta entre incisivo y malhumorado:

—¿Escrúpulos, Ben?

—¡Oh, no! Ya sabe que no gasto de eso, señor Muriel.

—¿Entonces…?

—Si a Paul le liquida uno de los hombres que usted tiene contratados, podría ser que…

—Objeción válida —me ataja, admitiendo—. Sólo que, capta un matiz, hijo: no es por un tipo de mi equipo por quien voy a hacer liquidar a Paul; más bien diría que va a hacerlo un hombre a la altura de las circunstancias. Si además de la coincidencia de que ese hombre eres tú y que trabaja a mi servicio, ¿qué quieres que haga yo? ¡No soy responsable de la casualidad, hijo!

No está mal la argumentación. He ahí una forma de presentar

las cosas que dejaría sin habla al mayor de los diplomáticos.

¡Vaya un bribón que es mi jefe! Y por si fuese poco, aún añade:

—Ya sabes que tengo a mi disposición cincuenta tipos capaces de matar a los otros cuarenta y nueve. Pero no tengo dos capaces de matar a Paul de forma que su muerte parezca normal. Porque eso sí: es necesario que ese traidor desaparezca de la forma más natural posible. —Hace una pausa y sigue—: Evidentemente, sólo puede tratarse de una muerte violenta, puesto que ese granuja está muy sano; pero nadie debe tener dudas sobre la causa de su muerte, ni incluso los que saben que existen poderosas razones para que ésta se produzca. En dos palabras, hijo; quiero que Paul desaparezca de mi vista, pero sin que los tipos que le utilizan y a los que vende los secretos de nuestra organización, tengan la menor sospecha de que nosotros hemos intervenido en su mala suerte. ¿He hablado claro, hijo?

Lanzo un suspiro y acepto:

—Como un libro abierto, jefe. Entendido.

—Bien, pues te doy carta blanca.

—Gracias, señor Muriel —no puedo por menos que decir.

—Sé que tienes ingenio para cosas así, hijo.

Empieza a fastidiarme. Yo no tengo ingenio para poner trampas a los conocidos y después liquidarles. Pero cuando el Gran Jefe dice una cosa, hay que cumplirla.

¡Y a rajatabla!

Hago acopio de valor y pregunto, puesto que él regula los servicios de los tipos que contrata:

—¿Por dónde estará hoy Paul?

—Creo que en el gimnasio: vigilará por allí. Me dispongo a salir del despacho y saludo:

—Hasta la vista, jefe.

—¡Animo, hijo!

Buscando el jardín me digo que sí, que a veces es necesario encontrar ánimo para realizar ciertas cosas. Gano bastante, repito que el rico y poderoso Gordon Muriel paga bien; pero no me gusta eso de ir por ahí liquidando a gente.

Desde lejos, mientras cruzo el cuidado jardín de la lujosa finca, distingo el cuerpo escultural de la hija de Gordon Muriel bañándose en la piscina; la bonita muchacha está con Nori Rino, la

última «amante» del Gran Jefe.

Por sus grititos y risas parece que las dos se llevan muy bien.

Piso el acelerador de mi coche y enfilo hacia Los Ángeles, deseando llegar cuanto antes al gimnasio donde se entrenan todos los boxeadores contratados en la ciudad.

Por allí encontraré a mi víctima.

CAPITULO II

No falla: a Paul Lage le toca hoy servicio en el gimnasio y le encuentro rondando por allí, concretamente en la oficina del viejo Lukas, el encargado que hace las veces de entrenador de los muchachos.

A Lukas le llevan los demonios que pongamos los pies sobre el pico de su destartalada mesa, y tampoco le gusta que nos suban cervezas o bocadillos allí. Paul ha hecho ambas cosas y el veterano entrenador le está gruñendo cuando entro y saludo:

—¡Hola! ¿Cómo va todo?

—Ya lo ves —gruñe Lukas—. ¡Me quejaré al señor Muriel! Todos vosotros tomáis esto por una cloaca y es un milagro que no hagáis vuestras necesidades por aquí.

—Si sigues gritándome, me meo —le amenaza Paul, que no deja de masticar su *hot-dog* y beber su cerveza.

—¡Atrévete! —le reta Lukas.

Paul le ignora, deja de mirar una guía telefónica que sostiene en las rodillas y alza la vista de cordero hacia mí. Le miró a los ojos y me dice:

—¿Vienes a relevarme?

—No... Sólo pasaba por aquí. Tengo que hacer...

—¿Algún trabajo? —me corta.

Le miró más fijamente al admitir:

—Sí... Un trabajo muy sucio.

Vuelve a masticar sin dejar de examinar la guía de teléfonos. Yo miro de reojo a Paul: es un rubio alto y espigado, que se pone brillantina en el pelo y siempre lleva muy lustrados los zapatos; procura darse aires de caíd. Es un tipo brusco, grosero y he oído que ha matado a más de un hombre.. Estuvo en prisión cumpliendo una condena por no sé qué, pero «altas influencias» le sacaron. Luego se contrató con Gordon Muriel y ahora por lo visto le traiciona.

¡La vida es así, señor!

Mientras le observo de soslayo, estoy pensando cómo voy

a arreglármelas para borrarle del registro de los vivos antes de medianoche.

Les doy mi palabra… Hay días en los que uno quisiera ser un oficinista normal, dependiente o simple limpiabotas. Eso de ir por ahí con un pistolón bajo el sobaco y ganándose la vida de matón, metiendo miedo a la gente, en el fondo no me va.

Nunca me he explicado del todo por qué diablos acepté trabajar para Gordon Muriel.

Aunque, bien mirado, si me pongo a analizarlo, creo que lo sé.

No quise ser como el desgraciado de mi padre: carne de ring.

Como todos esos tipos que están por aquí, entrenando y endureciendo sus músculos en el gimnasio, para luego pelear como auténticos gladiadores romanos.

«Pan y Circo», es lo que ofrece la lucrativa organización del Gran Jefe.

Paul sigue muy ocupado con la guía telefónica. Está tan atento y ocupado con ella, que parece desea aprendérsela de memoria. No lo conseguirá porque es un bruto que apenas sabe leer. Tan absorto está, que busca a tientas su lata de cerveza sobre la mesa; pero hace un falso movimiento y vierte el rubio líquido sobre la guía.

El viejo entrenador Lukas vuelve a poner el grito en el cielo y le llama marrano a Paul, que le lanza la lata medio llena, al tiempo de mandarle al infierno, y a otro sitio donde suele oler mal. Los dos se enzarzan en insultos y blasfemias, y el encargado del gimnasio termina con su muletilla de siempre:

—¡Un día iré a ver al señor Muriel y le pediré que no os deje entrar aquí!

—No seas payaso, Lukas. ¡Pero si nos manda él para que todo vaya derecho por aquí!

—No necesito a pistoleros como vosotros.

—¡Cierra el pico, vejestorio!

No quiero oír más y salgo de la pequeña oficina, cruzando todo el gimnasio para volver a mi vehículo. A izquierda y derecha me saludan los energúmenos sudorosos que entrenan por allí.

Les tengo lástima, la verdad: la mayoría son unos pobres diablos. Sacos de músculos, que se chafan las narices por un puñado de dólares.

Carne de ring…

Claro que, de vez en cuando, uno de ellos triunfa y hasta llega a campeón.

* * *

Bob Bob, más conocido por el Agujetas, es un antiguo jockey que hace algunos años eligió un mal camino.

Bob Bob parece que siempre tenía agujetas y resulta un mal jockey: hace tiempo dejó de montar caballos y los cambió por la ganzúa, con peor resultado porque siempre iba a la cárcel. Luego, quizá por aquello de las primeras inclinaciones, se puso a hacer de «camello». Ya saben: ir de un lado para otro con pequeñas dosis de drogas para servir a los adictos y ganarse unos dólares.

El Agujetas entra y sale de «chirona» con harta frecuencia. Diríase que es uno de esos tipos que atraen a los «polis» como el imán al hierro. Cuando robaba, este necio jamás pudo hacer saltar una cerradura sin que inmediatamente todos los policías de la ciudad le cayeran encima.

Se estarán preguntando por qué he ido a la guarida de un pobre diablo así. En verdad que no soy capaz de razonarlo, pero sí les aseguro que hay ocasiones en las que las cosas se organizan en mi cerebro sin que yo me esfuerce lo más mínimo.

El Agujetas es bajito, esmirriado, tísico, gris y tan limpio como el fondo de un cubo de basura. Tiene los cabellos siempre encrespados y sucios, resecos y de color indefinido, con ojos saltones de mirada huidiza de coneja, al tiempo que el aire abatido de un tipo al que la vida se las ha hecho pasar muy negras.

Es un perdedor nato.

Este bicho habita en lo que queda en pie de un viejo y destartalado garaje en la parte sur de la ciudad, donde el barrio portuario perdió su nombre. Un manchado cartelón anuncia en la entrada de esta ruina su razón social: la venta de chatarra y otras basuras, que le sirven de tapadera a su condición de pequeño e insignificante traficante en drogas.

Ya lo he dicho: Bob Bob, alias el Agujetas, es un «camello».

En el instante en que empujo la puerta de su antro, le encuentro al fondo, recalentando en una vieja sartén algo que se dispone a comer. Me mira, pero como es algo miope el pobre, no me reconoce

y ladra:

—¿Quién es? ¿Cómo se atreve a entrar aquí?

Tiene razón el tipejo: hace falta valor para entrar allí y caminar hacia el fondo entre tanto hierro sucio y basuras. Cuando me tiene más cerca, hace memoria y exclama:

—¡Ah, es usted! ¿Qué tal está? ¿Qué busca por aquí? Le prometo que no he vuelto a... a...

Me siento donde puedo y le ofrezco un cigarrillo de buena marca, pero él no acepta porque ya sólo fuma «porros» y se droga hasta quedar dormido, quizá para soñar con las delicias de una vida que sólo ha visto en el cine.

—¿Quiere comer algo?

Niego a mi vez con la cabeza: mi estómago se encoge con sólo ver lo que hay en el fondo de aquella sartén. Huele a demonios y empiezo a sospechar si no será parte de algún gato descuidado.

—Pues ya me oirá, señor Le-Roy... —aborda, impaciente.

—¿Cómo te van las cosas, Agujetas?

—No me llame así —objeta débilmente—. Ahora lo que tengo es reúma.

—Y cara... ¡Mucha cara, amigo!

Me mira fijamente, deseando adivinar a qué se debe el «honor» de mi visita. Y en vista de que no lo consigue, vuelve a defenderse, argumentando:

—Le he dicho que no he vuelto a vender «nieve» a ninguno de los boxeadores.

¡Palabra de honor, señor Le-Roy!

—Pero sigues trapicheando con drogas, ¿verdad? Es la clase de pregunta que deja en suspenso a un tío como él; por eso se muestra evasivo.

—¡Psch! Voy tirando —musita prudente.

—¿A que no sabes lo que me han dicho de ti?

—¡Oh, oh! La gente es muy mala, señor Le-Roy —vuelve a defenderse el muy gorrino—. ¿Qué le han chafardeado a mis costillas?

—Que volviste a venderle droga a el Zurdo.

Casi salta, olvidando la pitanza al levantarse y negar histérico:

—¡Mentira! ¡Gorda mentira, señor Le-Roy! ¡Pero si el Zurdo hace siglos que no pelea y no dispone ni de un níquel!

—Eso lo sé, pero yo mismo le vi. ¡Y estaba como flotando!

—Bueno, yo… Le di un poco de «nieve»… El pobre ya no puede vivir sin ella y me dio lástima… ¡Pero se la regalé! ¡Se la di gratis! ¡Palabra de honor!

—¿Tienes honor tú? —le pincho.

Me mira fijo por un instante, en el fondo de su alma llega a reconocer que no, se me desinfla y volviendo a sentarse busca con los dedos algo de la sartén. Sólo cuando mastica, rezonga:

—No es delito ayudar a un viejo amigo.

—¿El Zurdo es tu amigo, Bob Bob?

—Sí, lo es… ¡Y le agradezco mucho que me hable usted así, señor Le-Roy! Hace años, cuando el Zurdo boxeaba y era todo un campeón, yo también ganaba mucho dinero como jockey. ¡Las juergas que nos hemos corrido!

—Ahora los dos estáis en el fondo.

—¡Pero seguimos siendo amigos!

—¿Por eso le diste cocaína?

—El Zurdo tiene que pasar sus penas de alguna manera… ¡Como yo!

—Pero es delito… ¡Hasta regalar droga, amigo!

Le veo mohíno, cabizbajo, hasta olvidando la comida de la sartén. Yo sí que les doy mi palabra de honor de que este tipejo me da pena; pero voy a lo mío y sigo arremetiendo:

—Escucha bien, Bob Bob: tienes una ficha tan gruesa como un colchón y por la mínima volverán a echarte el guante. No es que seas una figura en el ramo de pasar droga, eso no; no quisiera halagarte… Es sólo que podría decir quién le dio la «nieve» el otro día a el Zurdo y tú…

No es ningún intelectual; pero sí listo como el hambre e inmediatamente me busca los ojos al indagar:

—¿Qué quiere de mí, señor Le-Roy?

—Vamos, Bob Bob; si me haces un favor, yo olvidaré lo del Zurdo.

—¡Hable ya!

Cuando propone eso, la llama dorada de la esperanza brilla en sus ojillos maliciosos. Incluso adivina alguna posible ganancia y me da coba:

—Usted es bueno, Le-Roy; no es como esos otros matones que

tiene el señor Muriel.

—El señor Muriel no dispone de «matones», Bob Bob; son sus empleados.

—Bueno, usted me entiende. ¡Llámelos como quiera! Pues vamos al grano.

—¡Adelante!

—¿Tienes algo de mercancía?

Nuevos recelos, más miradas huidizas, hasta que el posible «negocio» le acucia y se atreve a preguntar: ¿Como cuánta?

—No sé… Digamos que… unos doscientos dólares. ¡Uf! ¡Hala! A mí nunca me confían tanto.

—Bien; pues entonces pon sobre esa mugrienta mesa toda la que tengas. ¡Los doscientos son para ti!

—¿Es que es usted Papá Noel, amigo?

—¿Te hace el trato?

—¿Y qué más tengo que hacer?

—Esfumarte de aquí por esta noche.

—Es mi casa, donde me cobijo.

—Con doscientos pavos puedes dormir hasta en una buena habitación.

—¡De acuerdo! ¿Qué más?

—Eso es todo.

—¡Vaya! Hoy es el día de mi suerte. ¡Ahí tiene la droga!

—Es muy poco, ¿no?

—No dispongo ahora de más. Ya le he dicho que mis proveedores no me confían mucha y…

—¡Está bien! Nos arreglaremos.

El empleo del común le hace pensar que voy a drogarme con alguna mujer y le hace exclamar:

—Ya… ¡Ya lo pasarán bien usted y ella!

No le largo un mamporro de milagro. He hecho muchas cosas en esta pijotera vida y esta misma noche realizaré algo que jamás antes hice; pero me irrita que piensen que «soplo» drogas, aunque logro dominarme y a mi vez le sorprendo:

—Tu revólver, Bob Bob.

Me mira fijamente, me estudia en silencio, titubea y se me pone a balbucear:

—¿Qué… qué revólver? Yo… yo no… ¿Supone usted que yo uso

armas, señor Le-Roy?

—¡Sí!

—¡Ah, no, no! No es mi estilo. Usted sabe que yo sólo soy un pobre diablo y que jamás..., jamás...

—No me vuelvas con tu palabra de honor. Le tomo de un brazo e insisto:

—Cierto. Tú jamás tuviste hígados para servirte de un arma de fuego. ¡Pero tienes una! Aunque sólo sea para, de vez en cuando, ante tus amigotes, presumir de duro.

—Le digo que...

—¡Escúpela y no me hagas perder la paciencia!

Vuelve a levantarse, camina hacia una vieja colchoneta, medio la levanta y saca un «petardo» de pequeño calibre, ante el que bromeo:

—¿Y eso es todo lo que tienes, cuando te ves acorralado y pretendes defenderte?

—Me basta.

—Con esto no se asusta ni a un mosquito.

—Yo soy un mosquito, señor Le-Roy.

Le miro y vuelve a darme pena. Pero me levanto y antes de salir de allí le recuerdo:

—Ya sabes... Ahí van los doscientos. Esconde esa pizca de droga por ahí y te esfumas.

—¿Cuándo podré volver?

—No sé... ¿Te hacen dos días?

—Vale.

—Otra cosa... No hables con nadie de todo esto.

—¡Palabra!

Me rio, lo advierte y rectifica:

—Quiero decir que daré vueltas por ahí esos dos días. Usted puede disponer de todo esto. Pero no está muy limpio para que ninguna mujer...

—Tú olvídate de eso, Bob Bob.

Sé que le gusta que le llame así y lo hago.

El muy botarate sonríe de oreja a oreja. No puede adivinar lo que estoy preparando y cuando subo al coche asoma la nariz y me saluda.

Arranco hasta encontrar una cabina. Después de discar el

número particular del Gran Jefe, tengo la agradable sorpresa de que se ponga su hija. De esta linda rubita sé tan sólo que se llama Karol y que está como un tren. Sobre todo en traje de baño, cuando se zambulle en la piscina de la finca de su padre.

—¿Quién es? Mi padre no está ahora.

Tiene la voz suave, como su piel. Me parece que tocan campanitas de plata cuando esta preciosa criatura habla. No dudo que ha sido creada para el amor y para ser rabiosamente amada, gozada.

Consigo frenar mis ardorosos pensamientos y me limito a transmitir mi recado:

—Señorita Muriel... ¿Me haría un favor?

—Usted dirá. ¿Quién habla?

—Soy Ben Le-Roy; le dice a su padre que he llamado.

—Se lo diré, señor Le-Roy. ¿Algo especial?

—Sí... ¡Muy especial, señorita! Dígale que esta noche verá cumplidos sus deseos.

—¿Nada más que eso, señor Le-Roy?

—Nada más, señorita Muriel.

Me cuelga, sin adivinar que yo daría una de mis orejas por seguir charlando con ella. Tengo la desazonada sensación de que Karol Muriel no sabe ni quién soy y que ni tan siquiera me ha mirado una sola vez.

Su padre, el rico y poderoso Gordon Muriel, es un tipo muy astuto: sabe perfectamente deslizar sus «negocios» de la familia y su vida particular.

Vuelvo al coche, dispuesto a buscar un restaurante de lujo. Repito que gano lo suficiente como para vivir a lo grande.

Aunque, desde esta mañana, cuando me llamó el Gran Jefe a su despacho, tengo la desagradable sensación de que estoy vendiendo mi alma al DIABLO.

Sí, así... ¡Con mayúsculas!

CAPITULO III

A las seis de la tarde vuelvo por el gimnasio. El viejo Lukas está eligiendo a los boxeadores que tendrán que pelear mañana en un cuadrilátero de San Diego.

Me fijo en la operación y me digo que los está eligiendo como si fueran caballos. Si no les mira, los dientes es para que no le muerdan.

De cualquier manera, los chicos se muestran sonrientes y satisfechos. Voy hacia la pequeña oficina y allí sigue Paul Lager; es sorprendente, pero aún sigue con el listín de teléfonos en las rodillas.

La pregunta surge por sí sola de mi caletre:

«¿Qué diablos estará buscando este pelmazo en la guía telefónica?» Si no calculo mal, lleva varias horas así.

—Hola, Ben.

—¿Qué tal, Paul?

—Ya ves: entreteniéndome.

—¿Lo lees como si fuese una novela?

Hace una mueca que pretende ser una sonrisa y responde:

—Algo así.

—Pues tendrá muchos personajes, ¿no? Al fin cierra el listín y desea saber:

—¿Cómo, otra vez por aquí?

—He venido a avisarte.

—¿A avisarme de qué?

—El jefe quiere que vengas conmigo.

—¿Adónde?

—Ya te lo diré.

—¡Maldita sea! Tú y él me tomáis por un pelele. ¡Hoy me toca estar en el gimnasio y no me moveré de aquí!

—Tú verás, Paul; cojo el teléfono y se lo digo.

—¡No, no! No descuelgues, Ben. Te creo e iré donde digas. Pero me fastidia que el señor Muriel no me dé las órdenes directas a mí.

Eso lo sé: al envidioso de Paul Lage le molesta ser menos que yo en la confianza del Gran Jefe. Más de una vez me ha preguntado, al oír que el señor Muriel me llama «hijo»:

—Oye... ¿es que verdaderamente es tu padre?

Para tenerle en ascuas, nunca le he dicho ni que sí, ni que no. Que piense lo que le salga del caletre: con tipos así nunca hay que confiarse del todo.

Miro la hora, calculo que aún es muy temprano para liquidar a Paul y me desvisto para hacer un poco de guantes contra el saco.

¿Es que no lo saben? Mi afición, desde muy niño, era llegar a ser como mi padre. Mi padre el legítimo, se entiende, el que fue un gran boxeador y llegó a campeón de los grandes pesos.

Pero le duró poco la gloria: de tanto recibir mamporros, el pobre ha quedado «sonado».

Hoy en día sólo es una sombra de lo que fue, con muchos recuerdos, recortes de periódicos archivados, fotografías con dedicatorias y todas esas cintas y cosas que guardan los que han rozado la gloria. Vive en un pueblecito cerca de Salton Sea, concretamente en Salton, con mi madre, que nunca le ha abandonado y unas primas mías; siempre que encuentro tiempo para ir a verlos, mi padre abre de par en par el baúl de sus recuerdos y doradas añoranzas y me llena la cabeza de fechas y días en los que ganó tal o cual importante combate.

En el fondo, se morirá sin saber que no fue nada más que lo que yo digo siempre: carne de ring.

El que le sacó bien la sustancia fue su promotor: hoy en día Gordon Muriel sigue en la cúspide. Incluso diría que, con el paso de los años, ha subido más escalones.

Ahí están sus millones. Y su gran poder e influencia en el mundo pugilístico. En más de la mitad del país, nadie se calza los guantes si Gordon Muriel no lo quiere.

El hace y deshace.

Aunque eso sí: a mis padres les compró unos palmos de tierra y les permite criar gallinas y cerdos por allí, cerca de ese pequeño mar californiano que en los mapas se señala como Salton Sea.

Nunca he querido plantearme si mis padres viven felices allí o simplemente vegetan.

Por mi padre no sufro: él, al menos, tiene sus recuerdos y en

cuanto pilla a alguien a mano le suelta todo el rollo: que si fue campeón, que si ganó tantos o cuantos combates antes del límite, que si ganó mucho dinero, que si vivió muy bien; que si le recibió un día el presidente en una gran cena de gala en la Casa Blanca.

El pobre no para.

Cada vez confunde más las fechas y las anécdotas. Te habla de un combate que ganó en Tokio, y resulta que tal pelea se celebró en realidad en Londres. Te muestra una fotografía diciéndote que aquello es Roma, cuando peleó contra Fulano de Tal, y resulta que al fondo ves la torre Eiffel de París.

Ya chochea.

No por la edad, que aún es relativamente joven, sino por los muchos golpes recibidos. Por las tremendas palizas que tuvo que soportar.

Mi padre fue un auténtico fajador: nunca le tumbaron sobre un ring y los combates que perdió, ya en el declive de su carrera, fue por puntos, cuando el astuto Gordon Muriel aún seguía sacándole el jugo y le enfrentaba a primeras series... a los que sorprendentemente ganaba, cuando las apuestas estaban cruzadas veinte a uno en contra del viejo luchador.

Ahí, en esos combates creo que fue donde Gordon Muriel empezó a cimentar su fortuna. El apostaba sobre seguro y a la baja, llevándose una buena tajada.

Y eso no fue lo malo...

Lo peor fue el último combate de mi padre. Los médicos dictaminaron una larga temporada de descanso, porque podía sufrir un amago de derrame cerebral. Últimamente, cuando subía al ring y peleaba, de los golpes en la cabeza se le hinchaba una pequeña vena de la frente.

Pero Gordon Muriel puso el grito en el cielo. Él era el promotor y sacó los contratos firmados a relucir. O mi padre peleaba, o le indemnizaba; mi padre jamás había temido a ningún rival y peleó.

Fue algo trágico.

No dobló la rodilla, pero cuando terminó la fenomenal pelea mi padre tuvo que ingresar en el hospital de Nueva York, de prisa y corriendo.

Mi padre perdió, pero Gordon Muriel volvió a ganar una fortuna. Todo lo había preparado muy bien, astuta y ladinamente:

en el mundillo pugilístico corrió la voz del sumo interés que Gordon Muriel ponía para que se celebrase aquel combate. Incluso se supo que había apostado cierta cantidad por su púgil: la gente creyó que, como otras veces, al final mi padre ganaría por puntos la vital pelea.

Fue al revés aquella vez y, bajo cuerda, Gordon Muriel se forró.

Pero mi padre no pudo volver a pelear; prácticamente había quedado inútil. La boca le quedó torcida, no de los puñetazos recibidos y soportados, sino del derrame cerebral, que también le afectó todo el lado izquierdo.

Hasta babea un poco. Están hechos unos zorros.

Aun así, sinceramente creo que lo más trágico es lo de mi madre.

Ella ha sido una gran dama, hija única de una distinguida familia nacida en Filadelfia. Culta, elegante, bonita, exquisita, pero que tuvo la desgracia de enamorarse de un joven atleta que por aquellas fechas estaba en la cúspide.

Se casó con mi padre, nada más conquistar él el campeonato del mundo de los grandes pesos. Mil veces he podido contemplar esa fotografía donde se puede ver el cinturón de campeón que mi padre tuvo la humorada de llevar hasta la iglesia. Entre una multitud de amigos, los dos están allí felices y radiantes.

Lo que no se ve es ni uno solo de los familiares y amigos de mi madre.

La desheredaron; por las trazas, pesaba mucho eso de saber que, aunque campeón, mi padre había trabajado en los muelles de San Francisco siendo un chaval, hasta que se hizo boxeador.

En el fondo, toda esa gente distinguida y rica tuvo razón.

Antes de nacer yo, los disgustos entre mi padre y mi madre ya menudeaban. Eran dos polos opuestos, que procedían de mundos muy distintos.

Justo será reconocerlo: mi padre no ha sido nada más que un bruto, con una sola virtud: la de dar y recibir golpes.

Y no sólo eso. A veces, le ha gustado beber y darse la gran vida. No fue capaz de resistir los halagos y la «púrpura» de la gloria le vino ancha. Cuando ganaba un combata se sentía el rey del mundo. Le encantaba firmar autógrafos y que las mujeres bonitas le buscaran las vueltas.

El siempre respondía.

Por lo visto, tenía fuerzas para todo.

Y si fue un fuera de serie sobre el ring, aún fue mayor despilfarrador. Entre risotadas y gestos con sus enormes manazas, en las entrevistas solía presumir de que la madre naturaleza se lo había dado todo.

La paciente de mi madre se cansó al fin de soportar a un fanfarrón así. Tengo una vaga idea de que hasta llegó a solicitar el divorcio. Si tales diligencias no llegaron a finalizarse fue porque, por aquellas fechas, mi madre descubrió que ya estaba embarazada.

La inminente llegada del primer hijo siempre ilusiona y yo vine a allanar todos los disgustos y diferencias.

Pero resultó que, cuando sólo tenía pocos meses, a algún gracioso se le ocurrió observar:

—Este crío se parece más a Gordon Muriel que a su propio padre.

¡Ya pueden pensar la que se armó!

Mi padre siempre ha sido violento y bravucón. Cuando se pone a contar sus peleas en el colegio primario, o en los muelles, son más que los combates sostenidos en el ring, en toda su larga «carrera» boxística.

Lo cierto fue que, sin encomendarse a Dios ni al diablo, se plantó ante su elegante y avispado promotor y le chafó las narices. Desde aquellas fechas, Gordon Muriel siempre ha conservado un perfil algo desfigurado.

Por supuesto que él siempre dice que, de tanto andar y contratar a boxeadores, algo se le ha tenido que pegar. Eso sólo es una salida cínica, para no contar a todo el mundo la verdad.

Lo más curioso es que las relaciones entre mi celoso padre y su promotor no se rompieron. Por lo visto el resto de las otras cosas les iban bien a los dos y no se quisieron arriesgar a romper su buena racha.

Aunque la duda siempre existió, claro.

Duda que con el correr del tiempo y los años también se ha trasladado a mí, aunque sigo con la misma.

¿Es o no mi padre Gordon Muriel?

Por favor, no me acusen de motejar a mi pobre madre de una cosa mala. Dios me libre de decir aquí que es una cualquiera, o una

mujer liviana. Contrariamente a eso afirmo que siempre se comportó como una madre excelente y cariñosa, llena de silenciosa resignación que siempre me ha aconsejado:

—«Hijo mío... Sé lo que quieras en la vida, menos boxeador.»

Recuerdo todo esto, ahora que con los guantes de entrenar en las manos, le estoy sacudiendo de lo lindo y con ganas a un saco terrero que cuelga del techo en un rincón del gimnasio.

Estoy sudando a mares.

Me meto bajo la ducha y me refresco. Vuelvo a vestirme porque va acercándose la hora de llevarme al «huerto» a mi víctima. Ya he pensado lo que tengo que decirle a Paul para que me siga hasta la guarida de Bob Bob, alias el Agujetas.

Paul se las da siempre de listo, pero el muy imbécil no sabe que esta vez no saldrá con vida de aquel sucio y destartalado garaje.

Ustedes perdonen, pero soy tan cínico que no rehúyo el calificativo.

¡Voy a convertirme en un asesino!

CAPITULO IV

Como dos buenos camaradas Paul y yo salimos del gimnasio cuando el crepúsculo llena las calles: hay luces, vaho sobre los cristales y gente con calor, pero que camina con prisas.

Ya se sabe: la ciudad de Los Ángeles es una Babel. De pronto, el cretino que camina junto a mí recela:

—¿Por qué en mi coche y no en el tuyo, Ben?

—Me funciona mal el carburador miento con todo mi aplomo.

Todo transcurre según lo previsto. Confieso que mi corazón está más agitado que de costumbre. Me creerán o no, pero me fastidia tener que liquidar a un compañero de nómina. Si el Gran Jefe no fuese tan categórico, palabra que preferiría endilgarle mi dimisión de por vida. Claro que una decisión así me acarrearía muchos problemas: entre ellos la casita donde viven mis padres, además de perder mi «trabajo».

Lo que más me revienta es toda esta *mise en scéne*... En fin, ¡qué le vamos hacer!

Cuando uno ha elegido un «oficio» como el mío, no puedes esperar pasarte la vida haciendo ganchillo ante una taza de té.

Confieso que, para darme coraje, le pido a Paul que pare ante un bar donde pienso concederme unos créditos especiales: dos o tres whiskys de primera.

Cuando me dispongo a beber la tercer consumición, el pelmazo de Paul vuelve a interrogar:

—¿Por qué bebes tanto, Ben?

La ocasión la pintan calva y voy y le pregunto:

—Es que... ¡Vamos a robar!

—¡Cuernos! ¿Un asalto? A estas horas los bancos están cerrados.

—No seas bestia. ¿Desde cuándo le hace falta dinero al jefe?

—¿Entonces...? me mira muy intrigado.

—Vamos en busca de cocaína.

—¿Para el jefe?

—Otra vez frío —rechazó—. El señor Muriel no necesita esos

alicientes.

—¿Entonces la necesitas para ti, Ben?

—No das una, so bruto —rechazó, más enfadado—. ¡Jamás tomo esas porquerías!

—Termina de una vez: vamos a robar cocaína, ¿adónde?

—¿Te acuerdas de Bob Bob, *el Agujetas*?

—Sí, sí... El enano que le vendió droga a nuestros boxeadores una vez. Hace más memoria y presume:

—¡Le di una buena paliza!

—Bueno, pues el Agujetas vuelve a las andadas. Y el jefe quiere que le dejemos sin «mercancía», para que no pueda alterar a los chicos con los cuales tiene firmados contratos.

—Bien, ahora comprendo.

Me dan ganas de decirle que no comprenda nada, pero me aguanto. Le estoy llevando por el camino que quiero y remacho:

—Vamos a visitar su cubil y, en mi opinión, será rentable.

—¡Nos quedaremos con las drogas que el tipo esconda por allí! desea aprovechar el muy ambicioso... Luego las vendemos y...

—El «trabajo» lo podríamos hacer uno de los dos. Sólo que quizá podríamos encontrarnos con algún hueso y siendo dos se está más prevenido.

—Desde luego, Ben. ;Todos esos tipejos son muy peligrosos!

—¡Lo son! Porque los «amigos» que les suministran la mercancía son poderosos y...

—¿Por qué no le matamos, si le encontramos allí?

—¿Tú dispararías sobre una pobre sabandija como ésa, Paul?

—¿Y por qué no? Ya sabes lo de los piratas: campana rota no toca y hombre muerto no declara.

—¿Dónde aprendiste eso? —le pregunto cínico.

—No sé... Es mi ley, desde muy pequeño.

—¡Bah! El asunto no merece un «fiambre», Paul. Cuando el Agujetas se vea sin mercancía, tendrá que emigrar. ¡Ya tendrá bastante!

Se ríe con ganas. No quiero ser cruel con él y le ofrezco la oportunidad de que beba su último whisky.

—¿Otro más?

—Gracias, Ben; con dos tengo bastante.

—Anímate, hombre. ¡Será el último!

Niega con la cabeza y la sacude. Así es que pago y desplegamos velas.

* * *

La puerta del viejo garaje está cerrada. Pero yo siempre llevo mi pequeño «sésamo» y a la segunda intentona con la cerradura el camino queda libre. Guardo el manojo de ganzúas e invitó, como la cosa más natural del mundo:

—¡Adelante, Paul!

No es por nada, pero le dejo pasar primero y le escucho decir:

—No se ve nada. ¡Está todo muy oscuro!

—Toma una linterna —vuelvo a ofrecerle, amable.

Se habrán dado cuenta que toda esta estrategia forma parte de mi plan. Me conviene que Paul se deslice por la oscuridad con una linterna encendida.

Le veo profundizar hacia el fondo y quiere saber:

—¿Por dónde empezamos?

—Hay que registrarlo todo. Ve hacia el fondo.

El haz de su linterna se aleja paso a paso. He tomado dos y a ni vez enciendo la mía, poniéndola sobre uno de los montones de hierros viejos.

Bien: ha llegado el momento. El «trabajo» lo tengo que hacer y cuanto antes mejor. Me conozco y no me quiero complicar la vida con remordimientos de conciencia. Así es que me voy alejando del haz luminoso de mi linterna con pasos quedos, inclinándome ligeramente hacia la izquierda, donde la oscuridad es más densa. En uno de mis bolsillos llevo el pequeño revólver de el Agujetas, que para eso le pedí su arma.

Lo aseguro bien en mi mano.

No tengo más que presionar el gatillo varias veces u Paul Lage saltará a la eternidad, cosido a balazos. Cuando se descubra su cadáver ya frío, todo el mundo pensará que el Agujetas vio invadido su cubil y defendió su intimidad a tiros.

La ley dictaminará si con derecho o no. No es mi problema.

Sin embargo…

Bueno, ustedes me perdonarán, pero si les estoy contando todo lo malo que hay en mí, bien puedo sincerarme del todo y contar mi

lado bueno.

Ahora resulta que, a la hora de la verdad, tengo conciencia y me repugna disparar contra un semejante, que para más inri no espera ninguna agresividad de mí.

Sería demasiado, ¿no? Así es que voy y le grito:

—¡Eh, Paul!

—¿Qué pasa, Ben? ¿Encontraste ya algo?

—Sí...

—¿Droga de la buena?

Se ha vuelto. Son casi alucinantes estos dos haces de luz pálida en medio de la oscuridad que nos rodea. Me temo que mi voz suena como hueca cuando le digo:

—Ven a ver esto.

Ha dado media vuelta y camina en dirección a la linterna encendida colocada por mí sobre el montón de hierros viejos. Yo sigo el balanceo de su propia linterna, que la sitúa con relación a él, a su cuerpo.

Veamos, él debe tenerla en la mano derecha, casi delante suyo... Levanto el pequeño revólver y empiezo a plantear:

—¿Por qué nos traicionas, Paul? Se detiene y pregunta secamente:

—¿Qué estás diciendo, Ben? ¿A qué viene ahora eso?

—Tú le estás vendiendo información a alguien sobre nuestra organización. El señor Muriel me dijo que cuando él va a hacer una apuesta sobre un determinado combate, ya la encuentra cubierta.

—¡Eso es mentira!

—No vamos a discutir ahora, Paul. Sólo tienes que decir con quién te repartes todas esas ganancias. Ya lleváis algo así como medio millón de dólares, ¿no?

No me contesta y el silencio se prolonga, roto cuando decide:

—¡De acuerdo! No vamos a discutir eso ahora... ¡Porque con los muertos no se puede!

¡El muy maldito ha apagado su linterna y se ha puesto a disparar su «petardo» con la rapidez de un cow-boy de los mejores tiempos del bravo y lejano Oeste. Sólo que lo ha hecho en dirección a la linterna que he dejado hace tan sólo unos instantes encendida sobre el montón de hierros viejos.

Las balas rebotan por allí que es un gusto.

Pura delicia para mí, que a mi vez presiono el gatillo del pequeño revólver y me pongo a disparar con no menos rapidez. Mi primer plomo no ha debido tocarle, pero sí el segundo y el tercero, porque escucho un aullido infrahumano que me hiela la sangre.

Luego del infierno, el silencio.

Dejo pasar un minuto, antes de saltar con la agilidad de un canguro australiano hacia el caído Paul Lage, que aunque está tendido en el suelo no está muerto. Atrapo su linterna y al encenderla veo sus vidriosos ojos que parpadean ante la despiadada luz que proyecto sobre él. No dejo de observar una mancha roja que va extendiéndose sobre su camisa: otra más abajo me dice que está para la tumba.

—¡Maldito seas! —me jadea, salpicándome con sus labios tintos en sangre.

—Te lo buscaste, Paul.

—Me… me engañaste. ¡Me has traído a esta trampa!

—Es tarde para negarlo: a los que van a morir se les dice la verdad. ¡Pero a tu vez no niegues que pretendiste terminar conmigo!

—Sí… —resopla—. Hace tiempo ya estaba harto de Gordon Muriel. Ahora hay… hay alguien más que paga mejor y… Me habría ido dentro de poco a su organización…

¡Lástima!

—¿A quién te refieres, Paul? ¡Habla! ¡Habla!

¡Es sorprendente! Aún tiene fuerzas para sonreírme cínico y musita:

—¿Quieres ganar méritos ante el jefe, ¿verdad, bribón?

—Dame esa información, chico. A ti ¿de qué te sirve ya?

—Nunca me gustaste, Ben… ¡Nunca!

—¿Buscas que te diga lo mismo?

—¿Y qué me importa ya eso?

—¡Hombre! En todo caso, te he pagado siempre con la misma moneda.

La angustia le oprime la garganta. Respira muy fatigosamente y veo que cada vez con más frecuencia baja los párpados. Es una lata eso de que se muera, sin decirme para quién ha estado espiándonos. Le veo que hace un esfuerzo enorme para respirar y un torrente de sangre escapa por su boca. No pretendo entrar en detalles

macabros, pero lo cierto es que emite un ronquido aterrador.

¡Se las pira, el muy condenado!

—Habla, Paul... ¡Debemos saber quién quiere fastidiar a Gordon Muriel!

—Sólo te diré una cosa, perro... ¡Van a matarle!

—¿A quién? ¿A Gordon Muriel?

—Sí... ¡A ese cerdo ambicioso!

Mi angustiosa pregunta casi se parece a la otra:

—¿Quién, Paul, quién? ¿Quién va a matarle y cuándo?

¡Increíble!

¿A qué no saben lo que me hace este cerdo moribundo?

Pues nada menos que una sonora pedorreta y cuando termina, grita:

—¡MIERDA!

Y a renglón seguido, como terminada su función, la palma bruscamente: su boca se entreabre y sus ojos giran.

—¡Mierda! —repito yo—. Te has largado al otro barrio con el secreto. ¡Siempre fuiste un cabezota, Paul!

Como soy un chico listo me afano en registrar sus bolsillos y sólo encuentro sus papeles, la cartera, el dinero —¡bastante!— las llaves de su coche y un papel tirando a azul doblado.

¡Es un telegrama!

Puedo leer allí: «Pueden llamarme mañana a mediodía». Y abajo, como firma, la palabra «Claude».

Deslizo todo eso en mis bolsillos, me llevo las linternas —la mía destrozada a balazos y salgo de allí como un rayo.

Todo aquello queda muy apartado, pero recelo que alguien ha podido oír los disparos.

CAPITULO V

He acertado en recelar. Me cruzo con un coche de la poli que, con el ulular de su sirena, se abre paso a todo gas. Estos chicos de la policía siempre son los mismos: tienen carta blanca y para ellos tocio el campo es orégano. Si atropellan a uno, con decir que iban en comisión de servicio en paz.

No tardarán en descubrir el cadáver de Paul y empezarán las investigaciones.

A mí que me registren. Las balas que le han mandado al infierno pertenecen a un pequeño revólver que no es mío. Y no creo que Bob Bob, alias el Agujetas, tenga registrada su arma: ese antiguo jockey siempre ha estado de culo ante la ley.

Vamos a suponer que le localizan y le enchironan. No dirá ni media, ni pum sobre mi visita: esta clase de tíos sienten alergia por la policía y nunca colaboran. Y como siempre podrá demostrar que a la hora del crimen él estaba en otro sitio, carpetazo al asunto y en paz.

Si no han variado las estadísticas, en ciudades como Los Ángeles, San Francisco y San Diego hay más de un crimen por día. Asuntos así se amontonan y terminan archivándose.

Ahora, de lo que me tengo que preocupar es de mirar de salvar la vida del Gran Jefe. Tomó el primer taxi que se cruza en mi camino y vuelvo al gimnasio, para recuperar mi coche. Allí sólo hay el viejo Lukas y el chico que se cuida de limpiar todo aquello. Entro preguntando por Paul y me dicen que hace tiempo no asoma las narices por allí:

—Gracias, Lukas, ¿puedo telefonear?

El veterano entrenador me mira entre extrañado y ofendido de pies a cabeza y a su vez indaga:

—¿Desde cuándo pedís permiso, para hacer lo que os da la gana aquí, Ben? Anda, entra en la oficina; ahí tienes el teléfono.

—Gracias, viejo.

Este Lukas es un tío prudente y él no entra: espera fuera de la

oficina, mientras disco el número de Gordon Muriel. Esta vez no tengo la suerte de que se ponga la hija del Gran Jefe: lo hace él en persona y gruñe:

—¡Diga!

Casi me rompe el tímpano, pero informo:

—Asunto zanjado, señor Muriel: el pajarraco ya sólo espera su ataúd.

—¿Eres tú, hijo?

Ha bajado el diapasón de su voz al identificarme y se interesa, con tono más dulce:

—¿Hiciste bien las cosas, hijo? Yo presumo al decir:

—¿Me toma por un principiante, jefe? Pero ahora hay otro asunto también grave, señor Muriel.

—¿Cuál? —indaga, siempre tajante.

—¡Su vida corre peligro!

—Eso ya lo sé, desde el día que nací, Ben.

Me ha llamado Ben, lo que quiere decir que no está de humor. Y como adivino que el horno no está para bollos y no quiero arriesgarme en decir por teléfono cosas que se deben tratar personalmente, propongo:

—¿Puedo ir a verle ahora mismo?

—¡No! Tengo otras cosas más importantes que hacer, que hablar con un jovencito.

—Pero es que...

—¡Basta, Ben! ¿No sabes que mañana tenemos varios combates en San Diego? Tengo que volar ahora mismo hacia allí.

—¡Le interesa mucho lo que tengo que decirle, señor Muriel! insisto.

—Ya me lo dirás cuando vuelva. Y si lo que buscas es tu «premio», ya te lo daré, no te preocupes.

Este hombre me irrita. Ahora cree que busco su propina por realizar sus planes. Me cuelga y me quedo aquí, como un «gili» con el auricular en la mano.

Todo esto tiene su gracia: resulta que me acabo de cargar a un tío por encargo de él y me deja con dos palmos de narices. Me siento ante la mesa y sacó todo lo que me he llevado de los bolsillos de Paul. El fajo de billetes pasa a mi billetero y vuelvo a leer el telegrama:

«Pueden llamarme mañana a mediodía.

»Claude.»

Lo examino y me doy cuenta que lleva fecha de la víspera y que ha sido cursado en Hollywood. Lo que quiere decir que el tal Claude vive allí y espera una visita para mañana.

Pero, ¿una visita de quién? ¿De Paul, quizá?

Me pongo a pensar y me digo que en Hollywood debe haber miles de tipos con ese nombre. ¿Cómo localizar al Claude que le puso un telegrama a Paul? Y aunque le localice, ¿de qué me sirve plantarme en su casa en plan de visita?

Claro que...

¡Ya está! Ya lo tengo: cabe la posibilidad que el tal Claude no conozca personalmente a Paul Lage. Puedo plantarme allí como si fuese él para intentar averiguar todo lo que pueda.

De una cosa estoy seguro: en los últimos instantes de su cochina vida, Paul Lage no me mintió cuando me dijo que alguien se disponía a borrar del mundo de los vivos a Gordon Muriel. Me figuro que debe ser alguno de los muchos enemigos que el jefe tiene. Pero, ¿cuál de ellos?

Simple deducción lógica: debe ser alguien del mundillo del boxeo. Pero aquí entra mucha gente: los mismos boxeadores, otros promotores rivales del «gran pastel», los de las apuestas, la Mafia, etc, etc.

De cualquier manera, decido actuar por mi cuenta, puesto que el Gran Jefe no ha querido ni oírme. ¡Yo le enseñaré a colgar el teléfono a alguien que intenta salvar su vida!

—¡Me va a oír! —me prometo a mí mismo.

De pronto, por puro azar, mi mirada cae sobre el grueso listín de teléfonos. Esto me recuerda que Paul estuvo varias horas con él en las manos. Hasta me extrañó y le gasté una broma, con eso de los muchos personajes de la «novela» que leía. Reflexiono y recuerdo otra cosa: Paul vertió media lata de la cerveza que estaba bebiendo en una de las hojas del listín.

Tras una corta estimación busco la hoja manchada y me percato de que caigo de lleno en los abonados de Hollywood.

¡Esto empieza a ponerse interesante!

Decididamente me quemo: el telegrama de Paul ha sido cursado precisamente en Hollywood. Pero esta hoja manchada comprende trescientos veinte nombres: sería absurdo además de molesto e interminable pretender visitar a los trescientos veinte peregrinos que están citados allí. No obstante, recuerdo que el telegrama estaba firmado por un tal Claude. Vuelvo a examinar la hoja y con gran alegría veo que de todos esos abonados sólo uno se llama Claude.

—¡Ya lo tengo! me animo.

Claude Mourrais, leo; Sunset Boulevar, 3.123; de profesión escultor.

Este detalle me sorprende un poco. No veo, pero en absoluto, qué pude hacer un escultor en un asunto como el que me preocupa. Un artista, por lo general, no tiene relación alguna con tipejos como Paul Lage. Posiblemente sólo se trata de un simple enlace de Paul, para lo de las apuestas.

En fin, como no tengo otra luz de esperanza en mi oscuridad y como por otra parte no tengo otra cosa mejor que hacer, decido que viajaré hasta la Meca del Cine. Ya he estado otras veces allí y siempre resulta agradable cruzarte por las calles con alguna estrella.

Arranco la hoja del listín y la llevo a las profundidades de uno de mis bolsillos. Cuando salgo del gimnasio alzo el brazo y saludo amistosamente al viejo Lukas, que se empeña en que el chaval de la limpieza fregotee lo suyo.

—Hasta mañana, Lukas. Y si ves a Paul, dile que le busco.

—Se lo diré, Ben.

Tanto trajín me ha abierto el apetito. Cerca de mi casa hay un figón, donde generalmente el patrón está dormido tras la caja registradora. No tiene muchos clientes, aunque allí sirven muy bien y abundante.

Cuando entro, no falla; el grueso Jeff dormita junto a la caja y esto me hace pensar que este hombre ha debido tener algún antepasado al que le picó una mosca tsé-tsé. A partir de cierta hora, dormita como una boa que acaba de engullirse una familia de plantadores, incluida la abuela. Sólo sale de su coma cuando la linda camarera tiene que cobrar y dar cambio: entonces se pone a emitir sonoros eructos que hacen temblar todo su establecimiento.

Emily, la camarera, es joven y bonita; pero pertenece al género de las idiotas que se creen víctimas de un error de distribución social, ya que está persuadida de que su lugar está en el Hilton y no en un lugar de tercera o cuarta categoría. Me mira, sonríe y bate los párpados como Marilyn Monroe en una escena romántica. Y os aseguro que muy bien podríais pintar vuestra casa de campo con la capa de maquillaje que se pone sobre el rostro.

—Hola... ¿Qué deseas, guapo? —me tutea y aún no sé por qué.

Con respecto a lo de «guapo» es natural y no me extraña. ¡Lo soy en cantidades industriales!

—Cenar algo. Aunque en realidad, vengo aquí por tus ojos —miento—. Pero si por añadidura me sirves un plato combinado, me casaré contigo, Emily.

—¡Te tomo la palabra! —acepta al instante.

—¿Aunque sea por una sola noche?

—Aunque sólo sea por unas horas, buen mozo.

En lo de «buen mozo» también tiene razón. Esta chica sabe mirar a los hombres.

Antes de consumir el plato combinado me ofrece, volviendo a abatir los párpados, esta vez a lo Marlene Dietrich:

—Toma... ¡Invita la casa!

—Se acepta, preciosa.

Me meto entre pecho y espalda un buen «bourbon» auténtico canadiense. Esta delicia me hace pensar que hay otros placeres en la vida y que mi busca en Hollywood bien puede esperar al día siguiente. Al fin de cuentas el telegrama lo dice bien claro: la cita es para el mediodía.

Miro fijamente a las generosas curvas de la camarera y sin más preámbulos propongo:

—Tengo una alfombra persa en mi casa que te gustará.

—¡Oh, sil ¡Me encantan las alfombras persas!

—Pues sube, encanto; tercero primera:

—Espérame: nada más cerrar estaré allí.

Mientras me ducho y me pongo más guapo, me digo que una noche con una mujer siempre reconforta: nos da seguridad en nosotros mismos, al reafirmarse nuestra masculinidad.

La frase me ha salido redonda, ¿a qué sí?

CAPITULO VI

Son las once cuando llego a Hollywood. Una pequeña lluvia mezquina de verano cae dulcemente sobre la ciudad y no me cruzo con ninguna estrella cinematográfica. Detengo el coche en una pequeña calle, porque una elegante cafetería me anuncia que allí puedo reponer fuerzas.

Cuando se entrega por placer, les aseguro que la tal Emily es una auténtica devoradora de hombres.

¡Caray con la niña!

Huevos con jamón, café con leche y un bollo. Mientras engullo todo esto opino que es necesario andar con pies de plomo, ya que voy a meterme en un terreno absolutamente desconocido.

Voy al teléfono y disco el número de Claude Mourrais.

—*¡Allo!*

Una voz suave y femenina, casi infantil, confirma ante mis preguntas que ella es Claude Mourrais. Me doy con la palma en la frente y caigo en la cuenta de que Claude es un nombre que se presta a confusión: lo mismo sirve para hombre que para mujer.

—¡Oh, sí, perdone! —intento justificarme—. ¿Podría verla, señora Mourrais?

—Señorita —me vuelve a rectificar al instante.

—La cita es para hoy, señorita Mourrais.

—¿Qué cita? ¿Con quién hablo, por favor? No quiero arriesgar mucho y por eso suelto:

—Un amigo de... Paul... Paul Lager, señorita. En realidad, mi nombre no le dirá nada.

—Inténtelo, por favor.

—Bien: me llamo Le-Roy... Benjamín Le-Roy.

—¡Oh! ¿Es usted también francés?

—Pues... no... No lo soy, señorita.

—Pues tiene apellido francés.

—¿Qué le parece si subo y discutimos eso personalmente?

—No sé..., yo... No le conozco. Ni a su amigo Paul Lage

tampoco, monsieur.

El tono de mi interlocutora sigue suave y hay en él una curiosidad sincera. Me digo para mí que he sido torpe, que he equivocado el camino; me dispongo a colgar con vagas excusas cuando escucho la invitación:

—Bueno, señor Le-Roy; suba si quiere. Es el último piso.

Espero a que ella cuelgue y después lo hago yo suavemente. Me pongo meditativo al volver a la mesa. Quiero decir meditativo a lo *Pensador,* de Rodin. Mis dudas son tan grandes que suelto un billete, me levanto y busco la calle, olvidándome de terminar mi copa de brandy.

¡Imagínese, olvidar una cosa así!

Me doy cuenta una vez fuera y vuelvo a entrar en la cafetería para reparar este olvido: pero es demasiado tarde. El dueño ha vaciado ya el resto de mi brandy en la botella.

¡Así es la vida, Señor!

* * *

La casa parece distinguida, puesto que veo una escalera de madera bruñida monumental, con una ancha alfombra roja y pasamanos de cobre. El pulcro ascensor me eleva hasta el tercer piso y al poco de llamar al timbre se abre la puerta. Un rectángulo de luz cae sobre mis hombros y justo en medio de este rectángulo luminoso veo una belleza exótica y juvenil, capaz de quitarle el sueño al mismo Mahoma.

Trago saliva y pongo más intención en mis miradas de tipo entendido en belleza femenina. La muchacha es bastante alta, bien torneada y con largos cabellos rubios, sedosos, muy cepillados: los lleva anudados tras la cabeza, como se dice en «cola de caballo», como creo que los llevaba el bruto de Atila. Al instante descubro que va excitantemente envuelta en una *robe de chambre* de satén muy blanco, que hace contraste con su piel morena, tostada por el sol. Sus ojos son intensamente azules y me miran intensamente, por las trazas haciéndome también un repaso visual que no la desagrada.

Ya he dicho que soy «guapo». Y buen mozo, ¿no?

Procuro olvidarme todo lo que me sugiere aquel cuerpo de

mujer y consigo decir:

—¿La señorita Mourrais, supongo?

—Yo misma.

Me inclino, un poco versallescamente y digo:

—Benjamín Le-Roy... Y ahora que recuerdo, mi tatarabuelo era francés. ¡Le cortaron el cuello en la guillotina!

—¡Oh! ¿Era noble?

—¡Muy noble! Más noble que un paciente perro pachón.

La veo sonreír y es una delicia. Tiene los dientes muy blancos, pequeños, iguales, simétricos. Una boca así siempre invita al beso y adelanto, por si tengo suerte:

—Es usted muy joven, señorita Mourrais. ¡Y muy bonita!

—¡Oh! Muy amable, señor Le-Roy... Pero pase, pase, por favor.

Nuevo asombro: penetro en un estudio, un taller de escultor, pero limpio y decorado con un gusto infalible. Veo estatuas, acabadas y a medio terminar en todos los rincones. Y hay tapices de vivos colores, muebles de madera pulida, jarrones, flores. Se está bien aquí y la mano femenina me señala una de las sillas tapizadas.

—Usted me dirá, señor Le-Roy.

—¿No cursó usted ayer un telegrama?

—Sí, pero no para su amigo Paul Lage, sino para el señor Jack Donne.

El nombre de Jack Donne enciende una luz inquietante en mi cerebro. Pero procuro mostrarme tranquilo e intento aclarar:

—Es lo mismo, señorita Mourrais. Paul Lage y Jack Donne a su vez eran amigos...

—¿Ha dicho eran? —ha notado ella.

—Sí, señorita. —Y lanzó brutal—. ¡Paul Lage ha muerto!

Veo que recula dos pasos, me mira con más intensidad y musita:

—¿Muerto, señor Le-Roy?

La observo, ella parpadea ligeramente y empiezo a dudar. Me siento dispuesto a apostar un botón de la bragueta de mi pantalón contra un millón de dólares a que esta linda muñeca conocía a Paul Lage. Decido no dejarle tiempo para más mentiras y me lanzó a fondo: Paul ha sido asesinado. Podrá conocer más detalles por los periódicos, señorita.

Mi estocada ha sido terrible. Pasa una de sus delicadas manos sobre su frente. Tengo la sensación de que está al borde del

desmayo y me intereso:

—¿Se encuentra bien, señorita Mourrais?

Me hace un signo afirmativo con la cabeza y empieza a reponerse. Tiene temple la niña y lo prefiero así. Siento un santo temor por las mujeres que se creen obligadas a hacer una escenita, para demostrar la enormidad de su dolor y desesperación.

Yo me pongo a decir, para darle tiempo a que se reponga del todo:

—Perdone, pero me he creído con la obligación de venir. Paul era un buen amigo mío y encontré este telegrama en uno de sus bolsillos.

Mira irritada ahora el papelito azul y manifiesta:

—Pero ahí yo no puse mis señas. ¿Cómo ha averiguado dónde vivo? Contesto velozmente a su pregunta con otra:

—¿Por qué ha mentido? Me dijo que no conocía a Paul.

—Sólo le vi una vez: vino a encargarme un trabajo. ;Ahí lo tiene!

Señala a uno de los rincones y veo, sobre un pedestal de madera, una estatua como de medio metro. Se trata de una copia, casi exacta y muy bien lograda, del llamado *Discóbolo,* de Mirón, escultor de la Grecia antigua. Parece de barro, pero es de otro material que no alcanzo a identificar.

—Hoy mismo pensaba terminarla —me informa—. Por eso puse el telegrama al señor Jack Donne: debían llamarme para ponernos de acuerdo para la entrega y el resto del pago.

—¿Sabe usted quién es Jack Donne? —disparo a bocajarro.

—No… Ni idea: Paul me dijo que se trata de un multimillonario caprichoso que colecciona copias de estatuas antiguas.

—¿Le pagó bien, señorita Mourrais?

—Muy bien: aunque sólo la mitad, naturalmente.

Parece sincera esta chica. Y aunque tengo otras preocupaciones en la cabeza, dedicada a pensar qué diablos tiene que ver un tipo como Jack Donne —antiguo promotor de boxeo en Nueva York, gángster y todas las lindezas que ustedes quieran de los bajos fondos— y una joven escultora como Claude Mourrais, al mirarla atentamente sigo con el deseo de besar su tentadora boca.

Obsesionado en contemplar sus senos y calibrar la rotundidez de sus caderas bajo aquella bata vaporosa, casi no escucho que me dice:

—Fue ese tal Paul, el que me trajo el material y me pidió el *Discóbolo.* Me dio las medidas exactas y todo, de cómo quería la estatua.

—Muy detallista —dijo.

—¡Oh, sí! Puso mucho empeño en ello.

—Dígame, Claude... ¿Usted se acostó con Paul? Me mira entre ofendida y risueña y me frena:

—¿A qué viene eso, señor Le-Roy? ¡Le repito que sólo le vi una vez!

—Eso no importa... A mí también sólo me ha visto una vez y podríamos...

No me deja terminar. Adelanta un paso veloz y me larga un bofetón de campeonato. Pero yo aprovecho su proximidad para enlazarla por la cintura y poco a poco, con mucha lentitud, voy inclinándome hacia ella, mientras anuncio:

—Voy a besarte, preciosa criatura...

Primero me mira con el intenso azul de sus grandes ojos como una tigresa furiosa. Pero al poco, con la mayor naturalidad del mundo y mientras se van dulcificando sus miradas, con perezosa negligencia alza las manitas, cuelga sus brazos de mi nuca y lentamente también va venciéndome sobre ella, hasta llevarme a la fuente, exótica y húmeda de sus labios.

¡Qué besazo, Señor!

Noto nuestras lenguas resbalando una sobre otras, enzarzándose en lucha pasional, con la saliva de ambos fundiéndose hasta convertirse en una sabrosa pócima que me hace estremecer. La lengua cálida y pastosa de mujer se recrea en mi boca, culebreando con una sensacional pericia, a la par que me transmite un sinfín de paradisíacas sensaciones.

Les doy mi palabra: me he olvidado de todo.

Y ustedes olvídenme a mí durante unas horas, ¿quieren, por favor?

CAPITULO VII

....

Estos puntos suspensivos quieren decir muchas cosas. ¿Entendido? Allá cada cual con su imaginación.

El caso es que aquí estoy, más satisfecho que un niño con zapatos nuevos y dedicando la calma que ha seguido a establecer comparaciones. Indiscutiblemente, Claude Mourrais vale muchísimo más que la camarera Emily.

Es más joven, más bonita, más dulce, más exquisitamente deliciosa. Y, por supuesto, mucho más refinada y culta.

De cualquier manera, no me puedo eternizar en este nido de rosas y propongo, dadivoso:

—¿Qué tal si te llevo a pasear por ahí y comemos juntos, nenita? Ella se incorpora y rechaza:

—¡Oh, no! Tengo que seguir aquí, por si llaman o vienen a buscar la estatuilla. Pienso en que ha dejado al bobo de Paul tendido en un charco de sangre y apunto:

—Me temo que ni nadie te llamará por teléfono, ni vendrá a buscar el encargo.

—¿Y qué hago yo con ese Discóbolo? He trabajado muy duro y sólo me han pagado la mitad.

—Si andas mal de dinero yo puedo...

—No, Ben, no es eso. Gracias de todos modos. Se trata de que los encargos se tienen que pagar.

Abro mi billetero que está lleno a rebosar e insisto:

—No me importa, aunque sea hacerte un préstamo.

—¡Oh, cuánto dinero! —exclama la ingenua.

—Es que... Sí, eso: acabo de recibir una «herencia».

—¿De algún familiar muerto?

—No, de un «amigo»... ¡Pero sí está muerto! —me río.

Una prueba de que no soy infalible es lo que sigue. Le acabo de decir a la bella que, con Paul Lage muerto, ni recibirá ninguna llamada de teléfono interesándose por el Discóbolo que espera en

su taller, ni nadie se presentará a por el encargo. Y mira por dónde me equivoco de medio a medio.

Acaban de llamar a la puerta.

Claude se pone su preciosa bata, cubre su precioso cuerpo y corre con sus preciosos pies descalzos por el pasillo. Al instante la veo regresar y me sisea muy bajito:

—¡Chist! No quiero abrir.

—¿Y por qué no? Oigo que siguen llamando.

—He visto que son dos hombres y no los conozco. Puede ser que me quieran vender algo y... ¿para qué perder tiempo ahora, cariño?

Yo me regocijo: eso es como el dorado anuncio de otra sesión y me dispongo otra vez a quitarme la chaqueta, cuando me dice:

—¿Quieres beber algo?

—Sería muy capaz de aceptar —digo. Me sonríe divertida e insiste:

—¿Whisky...? ¿Te gusta?

—¡Lo adoro! Antaño, me lo ponían en los biberones. ¡Imagínate!

Esta vez ríe francamente, pero mientras yo apuro mi ración el timbre de la puerta sigue sonando.

Los hay persistentes, caray.

—Tendré que abrir —se resigna.

Vuelve a correr por el pasillo con sus pies aún descalzos y yo no sé por qué la sigo. Posiblemente lo hago para poder seguir viéndola, contemplándola, recreándome a la vista de su cuerpo cálido y acogedor.

Cuando por fin abre la puerta, desde el fondo del pasillo puedo ver a dos tipos malcarados, con una pinta de gorilas que echa de espaldas y que con muy malos modos uno de ellos pregunta:

—¿Dónde está?

Claude procura cubrirse mejor con su bata, recula algo alarmada unos pasos y a su vez indaga:

—¿Dónde está... el qué?

—¿Qué va a ser, ricura? —insiste el tipo—. ¡La estatuilla!

—¡Tráela ahora mismo! —exige el otro.

Posiblemente por instinto, para solicitar mi ayuda, Claude vuelve su asustado rostro y busca mi mirada. Los dos malhumorados visitantes también me han descubierto y cuando

avanzo para intervenir uno de ellos me ladra:

—¿Quién eres tú?

En vano intento imponer los buenos modos al indagar a mi vez:

—¿No creen que eso lo deberíamos preguntar nosotros?

—¡Aparta, imbécil! Y tú, mocosa. ¡Trae ahora mismo la estatuilla! Ya es demasiado.

La verdad: no soy hombre que aguante tales cosas.

Así es que alzo uno de mis brazos para golpear, cuando me encuentro con un puño que se estrella sobre mis labios. Veo lucecitas que parecen estrelladas, la cabeza me da vueltas y siento que mis rodillas se aflojan. Cuando aterrizo sobre el suelo enmoquetado, creó escuchar un quejido en labios de mujer.

Luego la nada: la inconsciencia, el sueño...

Cuando despierto lo primero que veo es el cuerpo de Claude, también tendido. Me arrastro como puedo hasta ella y con rabia y dolor compruebo que sangra abundantemente por la nuca.

Los muy bestias le han hundido el cráneo. Han debido golpearla con la dura culata de un arma.

La puerta está abierta. Con un movimiento reflejo busco en mi sobaquera la pistola y, sorprendentemente, está allí. Empuño el arma con furia vengativa y corro por todo el piso buscando a los agresores.

¡Ni rastro de ellos!

La estatuilla tampoco está sobre el pedestal de madera donde descansaba.

Eso me indica que se la han llevado y han huido con ella. Cuando retomo hacia la puerta tengo que pasar por encima de Claude, que sigue sin dar señales de vida. Vuelvo a inclinarme sobre ella y de pronto comprendo.

¡Está muerta!

Me lanzo escaleras abajo y cuando llego a la calle me doy cuenta que sigo empuñando la pistola. Estoy como aturdido, mi cabeza no rige bien, pero llego a comprender una cosa: resultaría una tontería volver al piso de la joven escultora.

Ya nada puedo hacer por ella.

Y la pobre Claude Mourrais sí que puede meterme en muchos problemas y quebraderos de cabeza a mí. Bastará con que la policía se entere que he estado allí, con ella, para que me

busquen con tanto afán como si yo fuese la lámpara de Aladino.

—Ben: ¡tienes que salir pitando de aquí! —me aconsejo, prudente que es uno.

Hundo en la sobaquera la pistola, cruzo la calle y busco mi coche. Recuerdo que lo he dejado en la pequeña calleja que está la cafetería. Necesito un brandy, un whisky o lo que sea.

También necesito un cohete, para llegar cuanto antes a Los Ángeles.

Mientras conduzco, una vez más me digo que tengo que cambiar de coche. Le dije a Paul que el carburador me iba mal, pero aunque no es así, me autorregalaré un último modelo: sobre todo más rápido.

Palabra que lo haré… ¡Si es que salgo bien de todo esto! Llevo unas treinta y tantas horas terribles.

¡De campeonato!

Esta vez ni paro para avisar al jefe que voy pitando hacia su finca. Tengo que hablar con alguien de todo esto y nadie mejor que él. Esta vez tendrá que escucharme, aunque esté contratando la firma para el campeonato del mundo.

Los Ángeles queda atrás y sigo enfilando hacia Santa Mónica Bay. No sé por qué diablos me sudan las manos sobre el volante. Generalmente, yo soy un tío reposado y tranquilo. Pero es que no puedo quitarme de la cabeza la imagen de Claude Mourrais tendida, con la cabeza abierta.

¡Muerta!

¡Si atrapo a sus asesinos les haré picadillo! Seguiré con esta mala racha de dejar un cadáver allá donde voy.

Esta vez dejaré dos.

Aunque pienso que, naturalmente, todo esto lo debe mover en la sombra Jack Donne.

¡Maldito sea! Ahora ya empiezo a tener su pista.

Cuando pronuncie este nombre y apellido ante mi jefe, seguro que se cae de espaldas…

* * *

Me recibe un estirado criado de color, con patillas y barba a lo Abraham Lincoln y chaleco a rayas con botones dorados, muy

relucientes. Me asegura que el señor Muriel no está, pero sí su esposa y su hija.

Lo de la esposa me extraña: yo creía que mi jefe estaba tramitando su tercer divorcio.

Incluso les he dicho que he visto a la preciosa Nori Rino chapuceando en la piscina, en compañía de mi amor imposible.

Me refiero a Karol, la hija de mi jefe, claro.

—¿Y qué hace aquí la señora Muriel? le pregunto algo confidencialmente al mayordomo negro.

—La señora ha venido para la fiesta.

—¿Qué fiesta? sigo interesándome.

—¡Ah! ¿No lo sabe?

—¡Oh! No lo sé le imito.

—El señor Muriel cumple los cincuenta y dos años el viernes: pasado mañana.

—Querrá decir los sesenta y dos, ¿no?

El negro ríe y me muestra una dentadura impoluta, inmaculada. Hasta se atreve a iniciar un guiño con los ojos y asevera, muy en su puesto:

—Si el señor Muriel dice que tiene cincuenta y dos años… ¡Es que cumple los cincuenta y dos!

—¡Y un jamón! —replico—. No cuenta diez que anduvo a gatas.

—La tarta tendrá cincuenta y dos velas —insiste el criado.

—Pues tendrán que ayudarle a soplar, aun así.

—¡Siempre de broma, joven!

—Me ha dicho que está la señorita Muriel, ¿verdad?

—Sí, está nadando en la piscina.

—¿Puedo…? —mi solicitud es sumisa, sonriente, casi suplicante. Y su concesión amable y generosa:

—¿Cómo no, joven? Usted es como de la casa…

No van a creerlo en un tipo como yo; pero cuando atravieso el cuidado jardín en busca de la piscina, mis piernas tiemblan. Voy a ver a la mujer más bella y deseable del planeta Tierra, en puro bikini y nadando como si fuese una sirena.

Me descubre desde la altura del trampolín, cuando se disponía a saltar al agua. Se detiene, ladea un poco su dorada cabecita, ahora con un lindo y coquetuelo gorrito de goma que oculta su larga cabellera y me dice, entre sonriente y reprendona:

—¿Otra vez usted espiando por aquí, Le-Roy?

¡Vaya! Si hasta conoce mi apellido. Eso me anima a rechazar:

—No la espío, señorita Muriel. Es que pasaba por aquí y... Necesito hablar con su padre y... Si la molesto, yo...

De pronto, se abren las puertas de la gloria para mí.

—Ande... Busque un traje de baño en las casetas y nade conmigo.

Antes de lo que se tarda en contarlo, ya estoy retozando como un feliz tiburón en el agua. El «taparrabos» me viene muy estrecho y veo que no resulta muy discreto, cosa que también percibe la bella, porque me dice:

—Es que... ¡Es usted tan grandote, Le-Roy!

—Perdóneme, pero es que... No venía preparado para esto. Yo...

Vamos cruzando la piscina juntos, nadando a la par y Karol me azuza al interesarse:

—Dígame, Benjamín: ¿siempre es usted tan tímido con las mujeres?

—No... ¡Nunca! Pero con usted sí, señorita Muriel.

—¿Y eso por qué?

Lo suelto de una vez: como cuando se destapa una botella de champaña. Díganme si ella no lo ha buscado, por favor.

—¡Es que estoy enamorado de usted!

Sin dejar de nadar, me sonríe tenuemente y desea confirmar:

—¿De verdad, Benjamín?

—¡Sí! ¡La quiero! ¡La adoro! ¡La idolatro! ¡Estoy enfermo de amor por usted! Y aún añado, con redoblados bríos:

—¿Es usted tan bonita, tan hermosa, tan exquisita y delicada...

Recuerden ustedes que ninguna muñeca permanece insensible a cumplidos de tal calibre. Y no sé si ustedes lo sabrán apreciar, pero este que sigue es de lo mejorcito.

Quien no ama a una mujer hermosa con sus cinco sentidos, no estima a la Naturaleza su mayor cuidado y su mayor obra...

—¡Estupendo, Benjamín! ¡Es usted un poeta!

—No, señorita Muriel... ¡Simplemente un hombre enamorado!

—Encantador... ¡sencillamente encantador!

Aunque me chorrea el agua por la frente hasta la comisura de los labios, la envuelvo en una mirada aterciopelada y sigo largando majaderías como ésta:

Opino que la Naturaleza no hizo ninguna chapuza cuando la moldeó a usted…

Ella ahora me muestra sus dientes nacarados, que brillan como un collar de perlas orientales. Pero finge recriminarme:

—¡Caray con el «tímido»! Tiene usted una labia terrible.

—Tendría que tener cemento en la lengua, para que me callase delante de usted, hoy que al fin se dignó a mirarme.

—Eso no es cierto. ¡Yo le he visto a usted muchas, veces!

—Sí, desde lejos, cuando vengo a ver a su padre, o cuando salgo de su despacho. Salimos de la piscina, recreo nuevamente mi vista en su cuerpo brillante por un millón de gotitas de agua que tienen la suerte de resbalar sobre aquella piel, y otro criado que nos ve corre y se apresura para servirnos unos refrescos. Yo le digo si le importa cambiar el mío por algo más fuerte y me trae un whisky, dejando los cubitos de hielo y la botella sobre la mesita junto al borde de la piscina.

Miro de soslayo al muchacho de color y me digo que no es un psicólogo. De serlo, no habría dejado al alcance de mis golosas manos la botella.

Así es que me sirvo otro whisky y entonces la vida se vuelve bella, luminosa y de color de rosa. No sé si ustedes me comprenden bien.

Mientras ella apura su refresco y medio se cubre con una enorme toalla, yo le sonrío tiernamente: yo sé que sonrisas semejantes harían mi fortuna en Hollywood, aunque me temo que nunca más volveré por allí, después de lo que me ha ocurrido con la otra bella muchacha.

No debo permitir que la «cosa» se enfríe y propongo:

—¿Le sorprendería desagradablemente si la llamase Karol?

—Estoy seguro de que no, Benjamín —musitó ella. Agarro una de sus manitas y avanzo más:

—¿Y si la besase, Karol, se sentiría ofendida?

—¡Oh! ¡Es usted terrible! —vuelve a musitar, esta vez ruborizándose.

—No me ha contestado —insisto, erre que erre.

—Es que… Si le permito que me bese, usted me tornaría por una pequeña zorra. ¿No es así?

¡Diablos! Tiene pesquis, la pequeña.

—Haremos una cosa, Karol. Yo la beso sin su consentimiento. Si la molesta, me larga usted un tortazo, como en las comedias de boulevard. Entonces me levanto, doblo el espinazo y hago mutis. ¿Estamos?

—¿Y si me gusta?

—¡Repetimos! —digo radiante.

No dudo más. Me levanto, voy hacia ella con mi diminuto calzón y la beso sin su consentimiento, claro está. Termino tomándola en mis brazos y le suministro un beso camaleón: uno de esos besos que harían soñar a un pescador de perlas.

¿No adivinan lo que sucede?

¡Ah, hombres de poca fe y poco perspicaces!

Pues ocurre que, lejos de armar jaleo y protestar, reacciona de una forma muy positiva: noto que sus piernas se enlazan con las mías como plantas exuberantes de crecimiento instantáneo.

Cuando separa sus labios para respirar y recuperar el aliento, su voz se ha convertido en débil susurro que jadea:

—¡Oh, mi amor…! ¿No sabes que hace mucho tiempo estaba esperando una cosa así?

—¿Cómo? ¿Tú, chiquilla?

—¡Te quiero hace mucho, Ben!

—¡Imposible, Karol!

—Sí, sí… Lo que pasa es que cada vez que, «distraídamente», le hablaba a mi padre de ti, haciendo algún comentario cuando vienes a verle, él… ¡Siempre me reñía y me decía cosas horribles de ti!

—¿Por ejemplo?

—¡No sé! Que eres un mujeriego, un chulito, un matasiete y cosas así.

—¡Sigue! —la incito.

—Y también que te gustaba mucho el whisky, jugar al póker y ser muy independiente. Estoy abrumado con todo mis «pecados». Y lo peor es que ella remata comunicándome:

—Y un día que le dije que eras muy guapo, que podría enamorarme de ti. ¿Sabes lo que me dijo, enfadándose mucho?

—Tú dirás, preciosa.

—¡Pues que tú eras mi hermano! ¡Eso me dijo!

Me he quedado hecho una piedra. No sé adónde mirar: lo que

hacer. Así es que resuelvo tomar carrerilla y zambullirme otra vez en la piscina…

Ya me dirán si no hay para pensar, ¿no?

CAPITULO VIII

El dueño de la mansión ha llamado. Lo ha hecho para saber cómo van los preparativos de sus empleados, a la par de saludar a su esposa a la que hacía un siglo que no veía. Tengo entendido que la señora Muriel vive a su aire tan guapamente en San Francisco, recibiendo una sustanciosa pensión para no meterse en los trapicheos de faldas de su marido.

Pero como hay que guardar las formas, la bonita italiana Nori Rino es la que se ha largado ahora a Nueva York a comprar modelitos procedentes de París, para dejar su puesto a la madre de Karol, que sólo estará aquí hasta el cumpleaños de su marido.

Esta familia es una delicia: ni un solo escándalo.

Cuando Gordon Muriel se ha enterado por su hija de que yo estaba en la finca, ha exigido inmediatamente que me ponga al aparato.

Aunque con pocas palabras se lo he contado todo de pe a pa.

He notado que lo que más le ha impresionado ha sido que le hablase de Jack Donne. Es un nombre que tiene la virtud de ponerle muy nervioso, porque hace años él le hizo una serie de jugadas «comerciales» que hicieron emigrar al otro promotor de boxeo. Desde aquellas fechas, Jack Donne ya no levantó cabeza y tuvo que emigrar, a toda prisa, a Europa.

Dejó un montón de cuentas pendientes aquí y Norteamérica le cerró las puertas. Pero por las trazas ahora ha vuelto con deseo de venganza y se la tiene jurada a Gordon Muriel.

Para empezar, se hizo con los servicios del traidor Paul Lager y ha traído de cabeza al jefe con eso de las apuestas. Todos los secretos de nuestra «organización», parece que están ahora a disposición de Jack Donne quien, operando en la sombra, escondido en algún sitio por eso de las autoridades de emigración, nos está haciendo la pascua.

Esta sorda guerra entre los dos promotores está revolucionando el complicado mundillo del boxeo.

Para más inri, según lo que me dijo en sus últimos suspiros Paul Lager, Jack Donne también le está preparando la fosa a Gordon Muriel.

Lo que ignoramos es cuándo y cómo lo intentará.

Lo único que sabemos es que, por alguna misteriosa razón, por medio de Paul Lage, el vengativo Jack Donne le encargó una estatuilla del *Discóbolo,* de Mirón, a la joven escultora Claude Mourrais. A la chica le pagaron la mitad del encargo y ella puso aquel telegrama para que la telefonearan y cerrar el trato, si se llevaban la estatuilla terminada.

Fue cuando intervine yo por puro milagro, o si lo quieren de otra manera porque supe deducir adónde tenía que ir Paul, en Hollywood.

Reconozcamos que mi encuentro con la escultora resultó delicioso, pero la tuve que dejar en su piso muerta, con la cabeza partida, después de la intempestiva visita de aquellos dos matones, que también me golpearon a mí.

¿Por qué obraron tan salvajemente? Es otro misterio.

Lo que sí es seguro es que se llevaron la estatuilla del dichoso *Discóbolo* a la fuerza. Y aquí otra pregunta, ¿qué interés puede tener Jack Donne por esa escultura, si sólo es una vulgar copia del original?

Al otro extremo del hilo telefónico el jefe parece meditar y al fin resuelve, dando la conferencia por terminada:

—Te envío a Steve con la avioneta. ¡Te quiero inmediatamente aquí, Ben!

¡Otra vez me cuelga!

No es que me importe volar hasta San Diego: ya lo he hecho otras veces. Pero ahora que había iniciado mi romance con Karol con tan buen pie, me fastidia este viajecito, leñe.

Sólo podré disfrutar de ella, el tiempo que tarde el avión particular de su padre en venir a por mí. Pero como además la madre de Karol está aquí, en la finca, ese placer se reduce a la centésima parte. A la señora Muriel le encanta que su querida hijita ya tenga «no vio», pero como conoce muy bien a su marido, mirándonos alternativamente nos dice:

—¿Ya lo sabe él?

A su vez, la risueña Karol me mira a mí. Yo niego con la cabeza

y confirmo con los labios:

—No... No me he atrevido a decirle nada, nenita.

—Pues hablaste con él mucho rato parece reprocharme ella.

—Fue de negocios... ¡Ya sabes! Asuntos de boxeo y demás... me excuso.

No puedo sincerarme del todo; si le digo a Karol que sigo teniendo mis dudas sobre si su padre es también el mío, ¡menudo follón! Puesto que he tenido la suerte de que también se enamore de mí, una cosa así le crearía graves y profundos problemas de conciencia.

Cosas así sólo me pueden ocurrir a mí, ¡caray!

Tan sólo me queda una alternativa: sincerarme del todo con mi madre y hacerle la terrible pregunta: «¿Quién es mi padre, madre?»

Todo esto, además de parecer un folletín, resulta de muy mal gusto. Mi madre estará en su perfecto derecho de darme un buen cachete y ponerme de vuelta y media. Un buen hijo nunca debe dudar de su madre, haciendo preguntitas de ese calibre.

Claro que peor es la duda; no voy a seguir fomentando mi amor por Karol, si resulta que de verdad es mi hermana.

¡Vaya lío!

Karol, su madre y yo pasamos el tiempo lo mejor posible, hablando de mil cosas. Sobre todo de la próxima fiesta, del cumpleaños del dueño de la casa. La señora Muriel me dice que lo tiene todo preparado y que será un gran día.

—¡Hasta le tengo preparada una gran sorpresa!

—¿A papá? —desea confirmar Karol.

—Sí, hijita. ¡Voy hacerle un buen regalo!

—¿De qué se trata, mamá?

—No, no... ¡Es un secreto, Karol!

—Anda, mamá... ¡No seas así! Dilo o estaremos en ascuas.

La señora Muriel me mira, como preguntándose si yo soy de toda confianza. Procuro poner la cara más inocente del mundo y a mi vez solicito:

—Puede decírselo a su hija, señora Muriel... Yo... ¡Como sordo!

—¿Me da su palabra?

Se la doy, por supuesto. Creo a pies juntos que secretos de tan poca importancia bien soy capaz de guardarlos. Por nada del mundo le estropearé la sorpresa al jefe.

Pero al instante me arrepiento de haber dado mi palabra, cuando escucho decir a la señora Muriel:

—¡Está bien! Voy a regalarle a tu padre una estatuilla.

—¿Una estatuilla, mamá?

—Sí, hija; se trata de una escultura preciosa. ¡El *Discóbolo* de Mirón!

Casi doy un bote sobre el butacón, perdiendo la mitad del martini que sostengo en la mano. Las dos mujeres me miran y Karol se interesa:

—¿Qué te pasa ahora, cariño?

—¿Eh? Nada... ¡Nada, nenita! Es que... yo... ¡Caray, ya es la hora!

—¿A qué hora te refieres, Ben?

—¡Ah! ¿Pero no te lo he dicho? Tengo que volar a San Diego... Tu..., tu padre me quiere allí. Manda a Steve con la avioneta y yo... yo...

—¡Oh, qué fastidio! —lamenta la bella.

Me levanto del todo, no olvido apurar el martini, me despido, beso la mano de la señora Muriel y vuelve a sorprenderme al recomendar, muy risueña:

—Ya que va a ver a mi marido antes que yo... ¡Dígale a Gordon que le quiero!

—¡Señora...!

—Sí; dígale que, pese a los años y a todo... ¡Sigo enamorada de él! Karol se impacienta y exclama:

—¡Mamá...! Escenitas ahora no, por favor.

—Es la verdad, hijita.

—¿Pero no os ibais a divorciar?

—No, Karol, no. Eso olvídalo. ¡Y tú le tendrás que decir a esa mona de Nori Rino, que no asome nunca más su trasero por aquí!

Tomo buena nota de todo, pero me largo seguido de la impaciente Karol, que me aconseja ya atravesando el jardín:

—No le digas nada a papá de todo eso, por favor.

—¿En qué quedamos?

—Deja que arreglen ellos sus problemas. De lo que sí le tienes que hablar es de la nuestra.

—¿De lo nuestro? repito como un bobo.

Karol me mira entre perpleja y acusadora y me larga:

—¿Ahora te tendrás que casar conmigo, Ben!

No sube ninguna palabra a mi boca. No encuentro ninguna respuesta y ella aprovecha mi turbación y silencio para remachar:

—¿O es que lo dudas, cariño? ¿No..., no piensas hacerlo, Ben?

Por fortuna, mi coche está cerca y mientras me instalo ante el volante, dejo colgando:

—Ya hablaremos a mi regreso, nenita.

Por el retrovisor la contemplo y aprecio que la dejo llorando, como si yo fuese un maldito villano de opereta.

Piso el acelerador a fondo y pienso que, a veces, hay accidentes que resultan oportunos.

La señora Muerte soluciona muchos problemas, ¿a que sí?

CAPITULO IX

Steve es un buen piloto, pero le echaron de las Fuerzas Aéreas por algún asunto turbio. El pobre se «equivocó» y en cierta ocasión aterrizó en México en vez de en Arizona.

La carga que llevaba no había pasado por la Aduana.

Fue cuando el rico Gordon Muriel le contrató y le hace servir como de taxista aéreo: hoy aquí y mañana allá.

Le pregunto por el jefe y se encoge de hombros. Sólo cuando salimos de una nube muy blanca Steve opina:

—No sé por qué, pero últimamente le encuentro algo nervioso.

No le digo que yo sí creo conocer los motivos. Me callo como un zorro y sólo le pregunto si cuando vuela no echa un traguito, de vez en cuando. Me contesta como los buenos policías:

—Nunca bebo, cuando estoy de servicio.

¡Bravo por Steve!

A vista de pájaro, San Diego no parece lo que es; una ciudad grande, con todas las características de las agitadas poblaciones fronterizas, con el bullicio de los turistas y todo el trajín consiguiente de los muchos que van y vienen.

Cada uno a lo suyo, claro.

San Diego es uno de los feudos del poderoso Gordon Muriel. Las mejores veladas de boxeo las da aquí o en San Francisco, cuando no tiene que celebrar algún campeonato en Nueva York o en Washington, desde luego.

Gordon Muriel asegura que en San Diego se mueve más dinero que en otros sitios. Y tiene razón: para empezar, la Marina tiene una gran base en el gigantesco puerto y ya se sabe: nuestros camorristas marinos se pirran por las veladas de boxeo.

A veces, apuestan hasta sus uniformes.

Por otra parte, la «organización» que dirige mi jefe monta muy buenos espectáculos. Generalmente, como plato fuerte en los combates de fondo, algún forzudo yanqui contra un no menos bestia mexicano, de la otra parte de la frontera.

Esta «rivalidad» entre países gusta mucho.

Pero esta vez encuentro al jefe alicaído y nada más que me echa la vista encima se queja:

—Hijo… ¡Esto no marcha!

—¿Qué ocurre, jefe?

Me mira fijamente, como si nunca me hubiese visto y me gano su seca respuesta:

—Es una pregunta tonta, Ben.

¡Touché! Y eso que aún no sabe que su esposa, además de ya no desear divorciarse de él, le tiene preparada una «sorpresa»: regalarle una estatuilla para su cumpleaños, que por alguna extraña «coincidencia» es el Discóbolo de Mirón.

Olvido mi palabra empeñada y se lo largo todo, además de porque él es quien me paga y medio ayuda a mis padres y primitas, porque precisamente me escama que Paul fuese a encargarle una estatuilla igual a la joven escultora Claude Mourrais, pagando el escondido Jack Donne.

El jefe estira mucho las orejas, se pasa una de sus manazas por la cabeza rapada y musita:

—¡Maldito Jack! ¡Nunca he podido librarme del todo de ese marrano!

—¿No estaba en Francia? apunto yo.

—Sí, pero también le echaron de allí… Jack Donne es un siciliano de pelo en pecho, que sigue dando mucho que hablar en los cinco continentes. Es la clase de tío que tiene un acelerador en las meninges y que inventa cualquier cosa para sacarle «pasta». ¡Se pirra por el dinero!

¿Quién no?, tengo ganas de decir yo, pero me callo.

—Ha intervenido un poco en todo: contrabando de opio en Indochina; tráfico de armas en Grecia, Argelia y mil sitios más; secuestros en Italia; se metió a promotor de boxeo aquí y, como decía aquél, me dejo lo mejor en el tintero.

—Pero usted consiguió que le echaran a patadas del país, jefe.

—¡Nunca me lo ha perdonado! ¡Es vengativo!

—¿Y cree que ha vuelto?

—¡Sí! Estoy seguro: se esconde en alguna parte y desde la sombra ahora me acosa. Está moviendo a todos sus peones con mucha astucia. Me temo que, además de ese traidor de Paul, tiene

comprados a otros de los nuestros.

—Tendremos que irlos descubriendo, señor Muriel.

—Mientras no sea demasiado tarde, hijo...

Al oírle, quiero aprovechar la ocasión y planteo:

—A propósito de eso, señor Muriel. Tengo que hacerle una pregunta muy... ¡Muy personal!

¡Nada! No me consiente llevar la conversación hacia donde quiero. Sus amenazas golpean la mesa y se pone a rugir:

—¡Calla, Ben! ¡Estoy pensando! Si Jack Donne ha regresado de incógnito y está reorganizando su antigua banda, tendremos que andarnos con mucho cuidado. ¡Es capaz de todo!

Para en cierta forma vengarme, le recuerdo ladino:

—¡Matarle a usted!

—¿Te parece gracioso, Ben?

—En absoluto.

—¿Y por qué te ríes, entonces?

—¡Ah! ¿Me he reído, jefe?

—¡Si! Y parece que todo esto te divierte.

Me pongo muy serio y decido no soltar palabra hasta que él me pregunte. Cuando lo hace su voz tiene el tono del que se pregunta a sí mismo:

—¿Qué te parece todo esto, hijo?

Me está tocando las narices con lo de «hijo». Cada vez que lo dice, me recuerda mi contencioso con la bonita Karol y eso me irrita. Mi silencio le hace insistir, a su vez molesto:

—¡Te he hecho una pregunta, Ben!

—No sé qué decirle, señor Muriel: es usted quien decide.

—Pues de momento, decido que te pegues a mis espaldas y vigiles bien.

—¿No tiene para eso a Tijeras y Franky Lev? Les he visto ahí fuera al llegar y ellos...

—¿Te molesta velar por mi seguridad?

—No... Por supuesto que no, jefe.

—Pues lo dicho... ;Y abre bien los ojos! Dudo un instante, antes de preguntar:

—¿Debo quedarme aquí, con usted en el despacho? No... ¡Eso no! Pero sí unirte a Franky y a Tijeras.

Salgo y al poco ya estoy saludando a los otros dos

guardaespaldas. Franky Lev es un tipo corriente, que en sus tiempos fue boxeador. Pero cambió los guantes por un pistolón que lleva en su sobaquera y, generalmente en compañía de Tijeras, es el que vigila por la integridad física de nuestro jefe.

De Tijeras ya hay más que contar. Para empezar es de los tipos que si hay dinero que conseguir, prendería fuego al mundo del mismo modo y con la misma tranquilidad que usted lo hace con un cigarrillo. Me han dicho que en los inicios de su «carrera» rondaba por los muelles neoyorquinos y utilizaba con suma prontitud y habilidad el gancho metálico, pero no para cargar y descargar bultos en el trabajo.

De ahí le viene el apodo de Tijeras, porque este individuo «pinchaba» a todo bicho viviente que no acataba las órdenes que, a su vez, él recibía del «sindicato». Una mala noche no «pinchó» a otro portuario con su habilidad acostumbrada y aquel obrero no murió; cuando en el hospital le cosieron la tripa, hizo una declaración completa ante la policía:

—«Me atacó Tonino Parluzzi, porque yo fui de los que quería la huelga.»

Tonino Parluzzi, alias el Tijeras, fue detenido y procesado. Le esperaban muchos años de cárcel, por intento de asesinato frustrado. Pero he aquí que de pronto, durante la celebración del juicio, el acusador rectificó totalmente su declaración, ante el asombro del fiscal, los abogados y todos los que estaban en la sala: ahora resultaba que Tonino no le había atacado y que, además, resultaba un excelente compañero de trabajo, siempre servicial y amable, correcto y educado.

¿Qué había ocurrido?

Se supo meses después, cuando el Tijeras había vuelto a los muelles, ascendido a jefe de cuadrilla, totalmente absuelto: un hermano y un primo del acusador inicial, que aún convalecía en su casa, habían muerto «misteriosamente». El primero en un «accidente» de coche, en plena vía pública; el segundo se cayó de un andamio, del piso decimonoveno de la construcción donde trabajaba.

Se comentó que el acusador inicial prefirió quedar cojo para el resto de sus días, que seguir el trágico destino de su pobre hermano y su primo.

Cosas de la vida, Señor.

A Tijeras le pasa lo que le ocurría a Paul Lage: no le gusto, no le caigo simpático. Debe ser por aquello de las «afinidades electivas de Gohete», puesto que él a mí me cae fatal. Siempre que me mira tengo la molesta sensación de que lo hace una hiena hambrienta y que, si le vuelvo la espalda, saltarán sobre mi yugular.

CAPITULO X

La velada de boxeo resulta pésima, aburrida. ¡Una auténtica plasta!

Tiene uno que ser imbécil del todo, para no darse cuenta que gran parte de los combates han sido amañados. Pero ocurre lo de siempre: la mayoría de los asistentes, como ignoran estos trapicheos y tongos, se enardecen lo mismo y gritan y vociferan, aplauden o silban, dando calor y ambiente.

Voy a decirles algo que a lo peor ignoran: un combate amañado, en el que cada contendiente tiene asignado su papel, en el fondo resulta más vistoso, más variado en golpes, más estilista. Como los dos púgiles saben de antemano cuál será el resultado de la pelea, durante el transcurso de ella hasta se permiten florituras, fintas y amagos. Es algo así como ahora das tú y recibo yo, y ahora atizo yo y recibes tú.

Y de pronto, cuando parece que el que va ganando a los puntos se dispondrá a terminar con su rival, resulta que es éste el que alcanza al otro y le manda a la lona para que le cuente el árbitro.

Por supuesto, siempre existen los enterados que se ponen a ladrar eso de «¡tongo! ¡tongo!»; pero también los hay que gritan que fue un golpe de suerte y entre ellos discuten, hasta el punto de que el espectáculo se traslada a las gradas y tiene que intervenir la policía.

Todo eso da ambiente.

Concretamente en esta velada de boxeo celebrada en San Diego, las cosas han salido totalmente al revés de como las tenía programadas el jefe. Cuando termina el último combate de fondo, el rostro de Gordon Muriel es todo un poema.

Naturalmente, ocupamos las mejores localidades: concretamente en la tercera fila de ring, porque por lo general hasta esas butacas casi nunca llega la sangre que salpica a los de las primeras filas. Yo estoy sentado a la derecha del jefe, muy pegadito toda la noche a él

y vigilando por su integridad física, lo mismo que Tijeras y Franky Ley, que ocupan los asientos de la izquierda.

Pero es a mí a quien se dirige cuando se levanta muy malhumorado y opina:

—Hijo… ¡Esto ha sido un desastre!

Tiene razón para quejarse: esta noche todo le ha salido al revés. Los púgiles que tenían que ganar, y por los cuales él apostaba a través de mí y otros intermediarios, todos han perdido sus combates. Los que tenían que perder, los muy tramposos han salido victoriosos.

Todo esto sólo tiene explicaciones: alguien les ha «tocado». Les han debido ofrecer una buena pasta y eso sólo puede haberlo hecho Jack Donne, a su vez también a través de sus «colaboradores».

—¡Estamos rodeados de traidores! —vuelve a estallar el jefe.

En cualquier otra circunstancia, el veterano Gordon Muriel sabría muy bien lo que teníamos que hacer. Es uno de los más poderosos promotores de boxeo del país, repito, y cuenta con los medios suficientes y con su organización para castigar debidamente a los culpables que se liberan de su mandato. Tiene hombres y métodos para hundir a un boxeador díscolo, o para llevarlo a la fama.

Pero ahora Gordon Muriel está asustado. Muy nervioso y asustado, aunque no lo confiese. Sabe que su enemigo mortal, Jack Donne, ha regresado al país y le está buscando las vueltas. Conscientemente, sabe también que tiene cuentas pendientes con este siciliano rencoroso, al que hace algunos años, él prácticamente arruinó.

El jefe también se está haciendo viejo.

Aunque se empeñe en cumplir nada más que cincuenta y dos años, olvidando los diez que pasó en chirona, en una cárcel de Marsella, cuando se llamaba Marcel Muriel, y no Gordon.

—Vamos al hotel —nos gruñe—. Estoy cansado y necesito pensar.

Franky Ley y Tijeras, como siempre, le acompañan hasta su lujoso coche y yo voy tras ellos. Cuando el Jefe sube a su «Rolls», ellos se disponen a seguirle en su coche y cuando voy a añadirme a ellos Tijeras me ladra:

—Tú no subes aquí, niño guapo.

—Sabéis que he tenido que dejar mi coche en Los Ángeles. Y el señor Muriel me ha dicho que…

—Frank y yo somos su escolta, no tú insiste, celoso.

Arrancan y me dejan allí, plantado en mitad de la calle. La gente sigue saliendo del local donde se ha celebrado la velada de boxeo. Hay un gentío enorme por allí y resulta prácticamente imposible atrapar un taxi.

Enciendo un cigarrillo y me conformo: iré andando al hotel. Hasta estoy dispuesto a entrar en la primera cafetería que encuentre a mi derecha, para remojar un poco el gaznate. Un par de lingotazos no me vendrán mal.

Yo también tengo que pensar, en lo de Karol, claro…

De pronto, entre la gente que pasa y se disputa los taxis, me fijo en un par de jetas que, así, sin más, me son familiares. Yo he visto esos rostros de hurón en algún sitio, pero de momento no caigo.

Sigo a los dos individuos y al fijarme más en ellos me doy cuenta que mi fino instinto no me ha engañado. ¡Claro que los he visto antes!

Son los dos matones que irrumpieron en el paso de la joven escultora Claude Mourrais, en Hollywood. Los que la golpearon hasta hundirle el cráneo, noqueándome también a mí.

¡Malditos bichos! A poco que pueda, me las van a pagar.

Freno mis impulsos porque mi instinto vuelve a encender una luz roja en mi cerebro.

¿Qué diablos hacen este par de matones aquí, en San Diego?

No falla: son hombres de Jack Donne, por eso se llevaron la estatuilla del taller de la francesita. Tengo que averiguar qué hay detrás de todo eso y pienso que, con un poco más de suerte, este par de asesinos me llevarán a la guarida de su jefe.

Haré salir de su ratonera a Jack Donne. El jefe me felicitará.

Cada vez más lejos del local donde se ha celebrado la velada de boxeo, hay menos gente, que se desparrama por las distintas calles. Tengo que ser prudente y tomar mis precauciones, para que los dos tipos no se den cuenta que los sigo. ¡Son muy peligrosos!

Lo sé por amarga experiencia.

Noto que me llevan a la parte sur de la ciudad, hacia el sucio y antiguo barrio de los muelles, donde las callejas se estrechan y son más sucias, casi sin alumbrado. No me explico cómo tipos así, que

deben gastar pasta en abundancia, se alojan en sitios de poca monta. A no ser que acudan a alguna cita, para entrevistarse con algún compadre de los bajos fondos.

De pronto, al doblar una esquina, comprendo que me han traído ladinamente una trampa. Han debido darse cuenta de que eran seguidos y para deshacerse de mí han preferido aquellas callejuelas, donde cualquier cristiano puede morir de mil formas.

También comprenda que usan silenciador, porque si la bala pasa silbando siniestramente a una pulgada de mi cabeza, no he oído el ruido del disparo. Me lanzo veloz al suelo desenfundando a mi vez y yo sí suelto dos únenos seguidos.

Suenan como dos cañonazos y uno de los dos individuos se tambalea reculando unos pasos hasta que sus espaldas tropiezan con una de las casuchas de dos plantas. El otro sale corriendo que se las pela, al máximo gas que le permiten sus piernas de cobarde.

Corro, me planto en dos zancadas junto al caído, que ha resbalado sobre sus espaldas pegadas a la pared, hasta quedar medio sentado, jadeante y con la mirada vidriosa, próximo a la agonía.

—Maldito bicho —le escupo— ¡Esto por lo de Claude!

—Qué…, qué… Claude —me jadea.

—No recuerdas? Hollywood, Sunset Boulevar, 3123: la casa de donde os llevasteis la estatuilla, el *Discóbolo.*

—Por favor…, un… ¡Un médico! ¡Una ambulancia!

—¿Para qué? Ya estás listo «amigo…» ¿Trabajas para Jack Donne?

Mueve la cabeza afirmativamente, con dos rosetones sobre el pecho por donde se le va la sangre. Y la vida.

—Dime dónde se esconde Jack Donne le apremio, poniéndole el cañón de mi arma en las narices.

—No… No lo sé —sigue jadeando— ¡Palabra!

¡Será marrano! Un tipo como él y me da su palabra. ¿Palabra de asesino, quizá?

Algunas ventanucas se encienden. Comprendo que no puedo seguir allí mucho más tiempo, inclinado ante el moribundo y vuelvo a apremiar, esta vez sacudiéndole por la pechera de la camisa:

—¿Para qué quiere Jack Donne esa copia del *Discóbolo*? ¡Habla!

Está que se las pira. Casi no puede respirar, pero logra silbar

entre dientes:

—Es... es de plástico... ¡Explosivo! Yo... él...

Se arruga más y la palma. Cuando le suelto con mis manos manchadas con su sangre, deja de estar sentado apoyado en la pared y queda tendido en mitad del arroyo: su tumba natural, puesto que ha debido nacer en él, en un sitio parecido a éste.

Escucho pasos que se acercan recelosos y me incorporó, para también salir pitando de allí, con toda la velocidad de mis piernas. No me importa la dirección que tomo ni las callejuelas que tengo que cruzar. El caso es alejarme, cuanto más, mejor.

Sudo copiosamente.

No sé por qué en tan críticos instantes me prometo a mí mismo que debo beber menos whisky y frecuentar menos mujeres. Sólo tengo veintiséis años y una simple carrera me fatiga.

¡Hay que cuidarse más, Benjamín Le-Roy!

A lo lejos, perdido en la negrura de la noche, escucho el ulular de una sirena. Debe ser un coche patrulla de la policía que ya va de caza.

Doblo una esquina más y luego otra. Voy bajando hacia los muelles y de pronto casi tropiezo con una trotona. La mujer está cumpliendo el oficio más viejo del mundo y tras mi encontronazo con ella me mira, me calibra en un sólo instante y pretende encandilarme al decir:

—Sin prisas, guapo... ¡Voy a ser toda tuya!

La tomo por el brazo y me intereso, como si rabiase por poseerla:

—¿Aparcas cerca de aquí, preciosa?

—Muy cerca: en esa casa.

—¡Pues vamos!

—¡Eh, un momento! Antes tenemos que hablar de... ¿Valen cincuenta dólares?

En la semipenumbra de la callejuela la veo abrir unos ojos como platos y me lanza su aliento aguardientoso al exclamar:

—¿Por ese dinero podrás morderme las pestañas, rico!

¡Vivir para ver! ¡Y yo que presumo de ligar siempre con mujeres jóvenes y bellas! Pero las circunstancias mandan.

¡Tengo que quitarme de la circulación como sea!

CAPITULO XI

Voy al hotel y el recepcionista me informa: El señor Muriel ya no está, señor.

—¿Cuándo se fue?

—Anoche mismo, señor.

—¿No dejo ningún recado para mí?

—El señor se llama…

—Le-Roy… Benjamín Le-Roy.

Mira en el casillero, examina varios sobres y niega: No, señor; no dejó nada.

—¿Dónde puedo telefonear?

—Allí tiene las cabinas, señor.

En el aeropuerto me informan que la avioneta de Steve tampoco está. Decido alquilar un coche para plantarme en Los Ángeles a todo gas.

Pero cuando estoy ante la agencia no lo hago. La luz roja se ha vuelto a encender en mi caletre, diciéndome que, por prudencia, cuanto menos rastro de mi estancia en San Diego deje, mejor. Yo sí tengo mi arma debidamente registrada y los dos plomos que dejé alojados en el pecho de aquel tipo podrían ser identificados.

Hay idiotas que opinan que la policía no es lista.

Robar un coche es la cosa más fácil del mundo. Y puesto a cometer ese pequeño delito, naturalmente elijo un último modelo, potente y que devore los kilómetros.

Durante el viaje, mientras conduzco, me digo que debería telefonear al jefe. Lo hago en una estación de servicio, donde reposto combustible, pero se pone al aparato el mayordomo negro. Responde por Peterson Roundy, aunque yo siempre le llamo Abraham Lincoln por la forma que luce sus patillas y barba.

Ya he dicho que es un tío muy estirado y me responde ante mi petición:

—El señor Muriel duerme. ¡No se le puede molestar ahora!

—Es muy urgente, amigo.

—Déjeme a mí el recado.

Le cuelgo: sé que no voy a convencerle y prosigo mi viaje, deseando darme una buena ducha; mejor pensando un baño perfumado.

Noto en mis ropas las miasmas de aquella tipeja que me llevó a su cuchitril. Sonrió al recordar la cara de perplejidad que puso cuando en vez de desnudarme le dije que sólo pretendía mirarla.

«¡Ah, bueno! Eres un *voyeur»,* me dijo.

Algún día se tendrá que crear un retiro para tales mujeres. Resulta nauseabundo que tengan que trabajar al cumplir cierta edad. Incluso la salud pública se resiente.

Ya en Los Ángeles como algo y tras el breve descanso nuevamente me pongo en marcha hasta la finca de Santa Mónica Bay. He cambiado de coche por el mismo procedimiento y sigo pensando en lo que me obsesiona: dándole al magín he llegado a una brillante conclusión, por lo que me dijo mi última víctima.

La estatuilla del *Discóbolo* de Mirón que Jack Donne encargó a la escultora Claude Mourrais por medio de Paul Lager, que se empeñó en llevar él mismo el material y determinar las medidas que debía tener la copia… ¡es de plástico explosivo!

Y otro detalle importante: la señora Muriel piensa regalar a su marido en la fiesta de su cumpleaños una estatuilla igual. O sea, un *Discóbolo* de Mirón.

A esta ensalada añádase que Jack Donne desea liquidar a Gordon Muriel, con el que tiene viejas cuentas pendientes.

¿Cuál es la conclusión?

Está bien claro: en plena fiesta del cumpleaños de mi jefe, esa dichosa estatuilla explotará, causando su muerte y la de muchos que le rodeen. O sea: la mayoría de sus amigos y colaboradores en su «organización».

Si la cosa resulta así, la venganza de Jack Donne será completa.

Habrá dejado fuera de combate, ¡y para siempre!, a uno de los más poderosos e influyentes promotores de boxeo del país.

¿Para ocupar su puesto? ¡Ah, quién lo sabe!

Otra idea me asalta; la señora Muriel puede estar en el ajo. Muerto su marido, aun sin tramitar su divorcio, ella y su linda hijita serían las legítimas herederas de Gordon Muriel.

La estatuilla pudiera ser la misma, si es que la señora Muriel está

de acuerdo bajo cuerda con Jack Donne.

Piso el acelerador a fondo, porque la impaciencia me consume.

Antes de llegar a la finca veo multitud de cochazos aparcados por allí. Los hay de todos los modelos y precios: un hombre como Gordon Muriel, a la hora de celebrar su cumpleaños en una buena fiesta, recibe el testimonio de muchos amigos.

Hasta los chicos de la prensa y una cámara de televisión se ven por allí.

Pero la entrada en la finca, propiamente dicha, resulta muy rigurosa. Las invitaciones han sido cursadas personales e intransferibles y, tanto los criados como Tijeras y Franky Ley, con otros tipos que están en la misma nómina, se cuidan de estos controles.

Cuando Tijeras me descubre se adelanta hacia a mí y me prohíbe el paso.

—Tú no puedes entrar, Ben.

—¿Por qué no?

—¿Tienes invitación?

—Déjate de bobadas.

—Ordenes son órdenes, niño guapo.

Me dan ganas de chafarle la jeta. No lo hago para no formar un escándalo, pero insisto:

—Tengo que hablar con el señor Muriel.

—No querrá ni verte. Anoche no estabas en el hotel.

—Precisamente tengo que hablarle sobre eso.

Ahora es Franky Ley quien se acerca, recomendándome:

—Sin follones, Ben. Date una vuelta por ahí y ya felicitarás al jefe.

—No se trata de felicitarle. ¡Es un asunto de vida o muerte!

Tijeras vuelve a mirarme con desprecio de pies a cabeza y recomienda a Franky Ley:

—No le hagas caso… ¡Al niñato le gusta hacerse el importante! Ya es demasiado: lo de «niñato» no se lo aguanto.

Le atizó inesperadamente un uno-dos de los que largaba mi padre. Lo de pegar bien y duro debe ser de herencia, porque lo hago muy bien. El tipo se desploma y ante su caída se forma un pequeño jaleo, con grititos y comentarios entre los invitados que no dejan de llegar. Pero yo miro a Franky Ley muy serio y anuncio:

—Voy a entrar, Frank. ¡No lo impidas!

No lo impide y hasta creo que me mira con un cierto respeto. Sabe muy bien que pegar a Tijeras es como buscarse una sentencia de muerte.

Y yo me he atrevido.

Aquello está de bote en bote. Hay más gente aquí que en una final de baseball; todos muy elegantes, luciendo sus mejores galas, algunos con copas en las manos y formando corrillos. En la piscina ahora no se baña nadie, pero está bordeada con mesas donde los invitados beben y charlan, servidos por un ejército de camareros que sortean el gentío con sus bandejas bien repletas.

De cualquier manera, la verdadera fiesta se celebra dentro de la gran casa, en el largo salón con amplios cristales que dan al jardín y la piscina. Casi tengo que abrirme paso a codazos cuando entro allí y en lo primero que me fijo es en un enorme pastel de varios pisos adornado con cincuenta y dos velas, culminado todo ello con una espléndida estatuilla que, naturalmente, representa el *Discóbolo* de Mirón.

Gordon Muriel, su feliz esposa, la bella Karol y lo amigos más íntimos rodean aquella mesa, cuajada de platos y golosinas, de los cuales pican a capricho y placer, sin dejar de hablar entre ellos y hacer mil comentarios, al parecer divertidos a juzgar por sus sonrisas.

Me detengo un instante, y no sé por qué diablos me pongo a pensar: he ahí una excelente ocasión para que un hombre como Gordon Muriel muera. Todo su imperio, formado con el sudor y las fatigas de carne de ring volaría con él.

Pero también temo que Karol y otros muchos inocentes mueran. Eso me hace gritar desde donde estoy:

—¡Apártense todos de esa mesa! ¡APÁRTENSE!

Todos me miran con gestos bobalicones. No pueden comprender el peligro que corren y, aunque van abriéndome paso a derecha e izquierda empiezo a oír cosas así:

—¿Qué le pasa a ese joven?

—¿Quién es?

—¿Por qué quiere que nos alejemos de la mesa?

—¡Es Ben!

—Sí, Ben Le-Roy, uno de los empleados de Gordon.

He llegado ante los dueños de la casa y rehuyó la mirada inquieta de Karol para atender a la de Gordon Muriel que me grita:

—¿Te has vuelto loco, Ben? ¿Qué pretendes con esto! ¡Quedas despedido!

No sé por qué en unos momentos así me da por replicar, y ante tanta gente reunida:

—¿Despedido, aunque usted sea mi padre?

Aún se pone más furioso y en el colmo de su irritación clama:

—¿Qué majaderías es esa? ¿Yo tu padre, bribón? ¡Niego rotundamente tales habladurías! Y si lo que pretendes es fastidiar mi fiesta, te juro que lo vas a sentir, Ben.

—¡Estoy aquí para salvarle la vida! —replico a mi vez.

—¡Absurdo! Estoy aquí rodeado de buenos amigos.

—¡Cierto! Pero esa estatuilla va a explotar.

Señalo al *Discóbolo* de Mirón que corona el gran pastel con las velas encendidas. Naturalmente, nadie me cree: ni uno sólo de los presentes da crédito a mis palabras.

Pero como yo estoy convencido de que va a ocurrir una catástrofe, aunque inicialmente se resiste, tomo el brazo de Karol y tiro de él para apartamos de allí.

—¡Oh, Dios mío! ¡Déjame, Ben! ¿Estás loco? —protesta.

Al volver la cabeza veo al fondo algo que me hiela la piel. Tijeras no quiere desaprovechar la excelente oportunidad que le brindo con mi extraño comportamiento. Tiene su pistola en la mano y se dispone a disparar sobre mí, posiblemente pensando que luego se justificará alegando que yo pretendía raptar a la hija de su patrón.

Gordon Muriel tiene muchos millones, y le podría sacar de cualquier complicación por matar a un hombre ante tantos testigos.

Pero aquel asesino nato no llega a presionar el gatillo.

Suena una terrible explosión, como si mil truenos se desataran en una horrible tormenta, con lluvia de cascotes del techo y las paredes, trozos pulverizados del gran pastel, platos de comida y entremeses y todo lo que hay por allí.

La onda expansiva hace que Karol y yo también caigamos rodando al fondo del salón, donde las vidrieras han saltado hechas añicos, llegando hasta el borde de la piscina los cristales rotos, atomizados.

Hay densas nubes de polvo que impiden ver, pero aun así alcanzo a distinguir muchos cuerpos caídos en torno a donde estaba la gran mesa, que parece haber desaparecido como por arte de magia.

Quejidos y lamentos empiezan a surgir por todos lados. Muchos tosen, otros lloran y hay gritos histéricos de mujer. La confusión es terrible y las voces se alzan alarmadas, llamándose unos a otros.

Muchos no podrán contestar nunca más. Aquello ha sido una auténtica masacre.

Sentados sobre el suelo, la aterrada Karol termina abrazándose a mí y noto que todo su cuerpo tiembla, como una débil hoja azotada por un huracán.

—Tranquila, cariño. Sosiégate. ¡Ya pasó todo!

—¡Oh, Dios mío! ¿Pero y mis padres? No le contesto.

Ella conoce la respuesta a su angustiosa pregunta.

CAPITULO XII

Las citaciones y las molestias me han llovido en los últimos días. La policía no se conforma con vagas declaraciones y quiere ir al fondo de todo, conocer toda la verdad.

Por supuesto, no he dicho más de lo que me conviene.

No ha salido para nada, la muerte «misteriosa» de Paul Lager. No he dicho que estuve en Hollywood, en casa de la joven escultora Claude Mourrais.

De los dos atacantes que estuvieron allí, uno murió en una oscura calleja de San Diego, y el otro se ha esfumado. ¿Para qué nombrarlos?

No obstante, la policía ha insistido:

—Pero usted dijo, y ante muchos testigos, que sabía que aquella estatuilla iba a explotar.

—Así fue, teniente. Recibí una confidencia por teléfono.

—¿De quién?

—No sé. Creo que de uno de los hombres que trabajan para Jack Donne.

—¿Insinúa que Jack Donne ha vuelto al país?

—¡Lo afirmo!

—¿Por qué está tan seguro?

—El tipo que me llamó por teléfono me lo dijo.

—¿Sabe dónde se esconde?

—¡Ni idea, teniente! Pero si ustedes se empeñan en buscarle... ¡Darán con él!

—Una cosa me extraña, señor Le-Roy.

—Suéltela, teniente.

—¿Por qué ese confidente que dice, le dio esa información? Le miro con valentía a los ojos, le sonrío y le digo:

—Naturalmente, por dinero, teniente.

—O sea, que usted tenía que pagarle por esa información.

—Así fue.

—¿Dónde tenía la cita con él?

—En San Diego. Dijo que me vendría a ver al hotel.. , pero no llegó, teniente.

—Bien, parece que todo concuerda. La policía \de San Diego nos ha informado que un tipo de mala catadura, fue encontrado con dos balazos en el pecho en una oscura calleja del barrio del puerto.

Pongo la jeta más inocente del mundo y exclamó:

—¿Ah, sí, teniente?

—Si se enteraron que le dio el chivatazo, sus compadres le habrán «silenciado».

—Es muy posible, teniente. ¡Ya sabe cómo obra esa gentuza!

—Fue una lástima que el señor Muriel no le hiciese caso, cuando usted les avisó.

—Sí, una lástima: su esposa también ha muerto.

—¡Y doce personas más!

* * *

He asistido a los funerales del señor y la señora Muriel, y aunque no lo crean, también al del destrozado Tijeras. A todos ellos los tuvieron que recoger con una espuerta.

Por cierto que, como soy muy detallista, sobre la tumba de Tonino Parluzzi, alias el Tijeras, he depositado uno de esos garfios que suelen utilizar los descargadores de los muelles, con una leyenda escrita en letra gótica que reza así:

«Quién con hierro mata, con hierro muere.»

Ha quedado muy bonito, palabra.

Por lo que respecta a Karol he tenido que discutir con ella varios días. Arropada por algunos de los amigos de su padre, quería seguir con lo del boxeo, Esos tipos aseguraban que la organización de Gordon Muriel sigue perfecta, aunque ha sufrido algunas bajas.

Yo me he negado en redondo y hasta he soltado mi frase:

—No, Karol... ¡Me niego a seguir viviendo de carne de ring! Y me he quedado tan pancho.

Soy feliz: Karol no es ni por asomo mi hermana y sí una mujercita deliciosa. Y además ha heredado mucho dinero.

Millones, señores.

¡Muchos millones!

F I N

COLECCION

DOBLE JUEGO

El deporte es

IDEALISMO Y NOBLEZA

pero también

SANGRE Y CORRUPCION

Todo esto lo encontrará en

DOBLE JUEGO

¡¡UNICA EN SU GENERO!!



ISBN 84-7518-048-5



EDICIONES
CERES, S.A.
Apartado de
Correos, 9.142
Barcelona

Precio en España
60 ptas.

Impreso en España